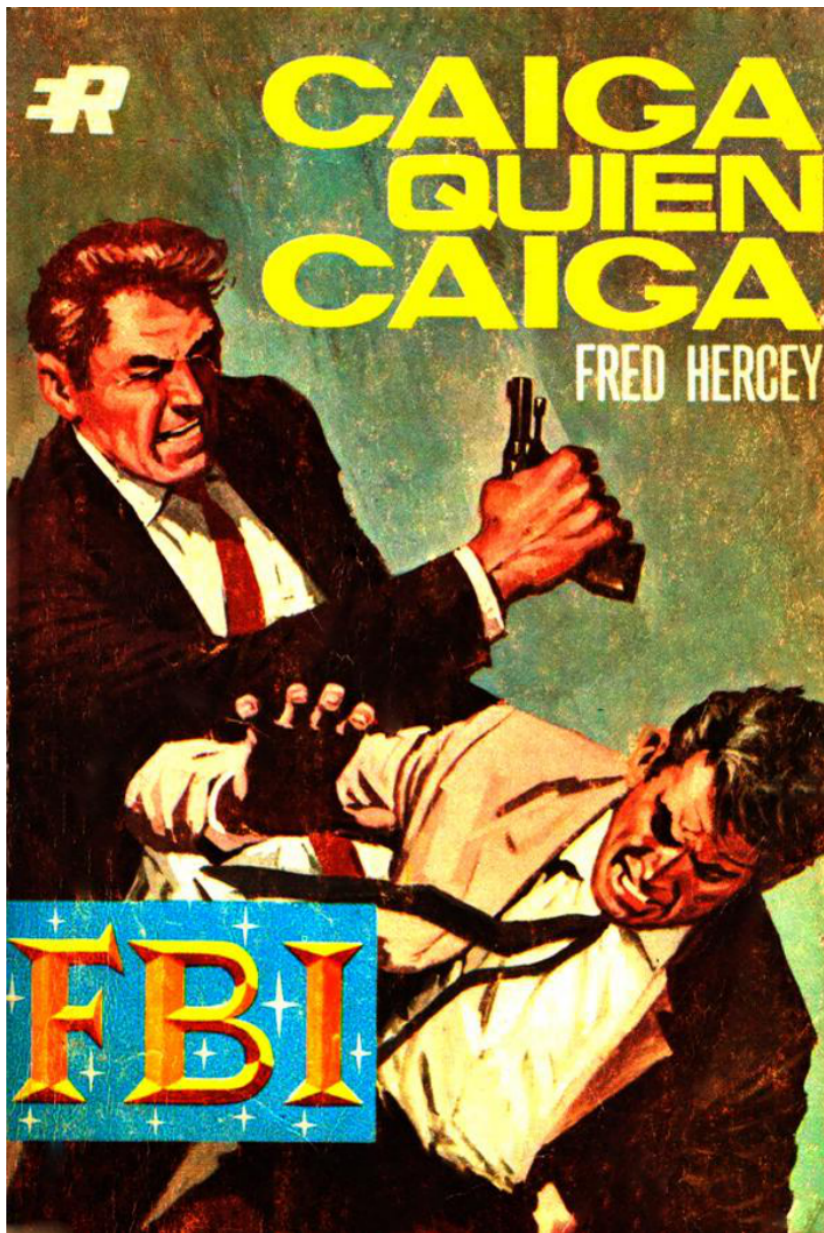


#R

CAIGA QUIEN CAIGA

FRED HERCEY

FBI



FBI



FR

© Fred Hercey
Derechos reservados por
EDITORIAL ROLLAN, S. A.
Amaro García, 17
Madrid-5. España.

Depósito legal: M. 6.184-1970

Printed in Spain

FRED HERCEY

CAIGA QUIEN CAIGA

Primera edición

**EDITORIAL ROLLAN, S. A.
Amaro García, 17
Madrid-5. España**

CAPÍTULO PRIMERO

ARCHER Valen aflojó el acelerador al acercarse al empalme que conducía directamente a los acantilados de la costa.

Frenó suavemente y torció el volante para tomar aquella desviación.

Los faros proyectaron su potente luz hacia adelante, mostrándole el camino solitario, libre de curiosos.

Aquél era uno de los lugares más abruptos de la costa de California, al sur de Monterrey.

Una playa muy reducida, de escasa arena, flanqueada por imponentes acantilados, donde el oleaje rompía con estrépito, lanzando al aire oleadas de espuma.

La luna había hecho su aparición por el lejano horizonte, en las últimas fases del creciente.

Eso permitía distinguir los contornos de los árboles y otros objetos, aunque vagamente, poblándolos de insinuantes sombras.

El camino terminaba en la misma playa de arena. A sus espaldas había una formación rocosa, que se extendía por unas diez yardas. Y a continuación venía una extensión de tierra llana cubierta de hierbas, flores silvestres, abundantes árboles y vegetación enmarañada.

Archer frenó con suavidad cuando las ruedas delanteras se hundieron levemente en la blanda arena. Evitando el chirrido de los frenos.

A continuación apagó el encendido del motor y salió afuera.

Paseó su mirada por todos los ámbitos de la playa, tratando de descubrir la presencia de algún intruso.

No había nadie. Ni la menor señal de ser humano. En realidad, aquel paraje sólo era frecuentado durante el día por algunas parejas

de enamorados, que buscaban la soledad para sentirse más a gusto, para vivir más plenamente su felicidad.

Abrió la portezuela posterior y encendió las luces del interior, apagando entonces los faros.

En el suelo, al pie del asiento, había un bulto alargado, cubierto con una manta de chillones colores.

Archer retiró la manta, dejando al descubierto el cuerpo de una muchacha joven, que llevaba puesto un bikini reducido a su mínima expresión.

Un cuerpo rígido, trágicamente rígido.

Sacó el cadáver con un esfuerzo, refunfuñando algo.

Lo dejó sobre la arena, cerca ya de las rocas clavadas en el suelo. Luego tomó unas ropas femeninas que se hallaban sobre el asiento y avanzó hacia el principio de la pradera para dejarlas allí.

Se detuvo, sin dejar de farfullar frases ininteligibles, que evidenciaban su descontento con aquella dase de trabajo.

Volvió al coche y sacó de la caja del salpicadero una cajita en cuyo interior había una jeringuilla hipodérmica, que dejó junto al cadáver de la muchacha del bikini.

Acto seguido se acercó al final de la formación rocosa.

Se detuvo de pronto, como si hubiese topado contra una pared de granito. Todos sus músculos habíanse puesto tensos, mientras se esforzaba por volver a percibir el ruido que estaba seguro de haber oído.

Un ruido metálico. Como si alguien hubiese tropezado con un objeto de acero, lo hubiese golpeado.

Dejó caer las ropas al suelo. Después empuñó la pistola que portaba en la funda axilar y le aplicó un silenciador.

Estaba terminando de encajar el tubo en el cañón del arma cuando volvió a percibir otro ruido. Distinto. Y más lejos que el primero.

Sintió una extraña sensación de frío recorrerle la médula.

Parecía haber alguien allí. Entre los árboles y los arbustos. Alguien que quizá había presenciado su trabajo de depositar el cadáver en el suelo y preparar la escena para la Policía.

Si era así y aquel tipo, quien fuese, se iba de la lengua, estaría perdido. Sus amigos no iban a dejar que se fuese de la lengua. Le cerrarían la boca para siempre.

Se adentró entre la maleza.

Volvió a sentir los ruidos. Esta vez mejor definidos.

Alguien estaba huyendo de allí, alejándose hacia la carretera.

Perdió el control de sus nervios. Se dejó dominar por la ansiedad.

—¿Quién está ahí? —pronunció de pronto, roncamente.

Nadie respondió. Pero unos instantes más tarde de haber elevado la voz, los pasos resonaron claramente en medio del silencio del paraje. Pasos que ahora huían con apresuramiento. Pasos de una persona que se daba cuenta del peligro y se alejaba de él lo más aprisa posible.

Archer corrió alocadamente en la dirección en que creía debía hallarse aquel intruso.

Ahora tenía la completa seguridad de que había sido visto. Y podían reconocerlo fácilmente. Mientras sacaba el cadáver, con la luz del interior del coche encendida, había ofrecido una clara visión de todos sus rasgos particulares.

Siguió corriendo, sin darse cuenta que los espinos rasgaban sus ropas por algunas partes. Deteniéndose de vez en cuando para recobrar el resuello y prestar atención.

Su respiración se tornó jadeante, más por la ansiedad que por efecto de sus cortas carreras. Y su mirada recorría todos los ámbitos a su alrededor, esforzándose por localizar al testigo de su acción.

De pronto divisó la silueta del hombre que huía. Cuando cruzaba un claro entre los árboles, hasta el cual se filtraba la espectral claridad de la luna. Una silueta vaga, imprecisa.

Disparó rabiosamente.

La pistola escupió las balas con secos «sputs», como la tos seca de un asmático.

Pero ya era tarde. La silueta había desaparecido de su vista y sólo un golpe de suerte podía hacer que la alcanzase con sus plomos.

Siguió corriendo.

Al fin volvió a detenerse, consciente de que jamás conseguiría encontrar a aquel hombre en medio de la vegetación. Eso suponiendo que no hubiese alcanzado ya la carretera y huyese entonces muy lejos de allí.

Regresó al coche.

Ocupó el baquet, conectó el encendido y maniobró para enfilarse nuevamente el camino de regreso.

La excitación lo dominaba. Una excitación febril.

No era un novato. Pero lo ocurrido le hacía sentir la sensación de la fiera acorralada. La muerte de aquella joven iba a resultar algo muy sonado. De forma que el testigo aquel podía sentir la tentación de hablar claro con la Policía, atraído quizá por un afán de notoriedad, de ver su nombre en primera plana de los periódicos.

Salió a la carretera y rodó a buena velocidad, hasta alcanzar un motel situado a escasas yardas de la cinta asfaltada.

Entró en la cabina instalada en el exterior y «disco» un número.

Sonó el «click» característico al ser descolgado el aparato y una voz resonó en el auricular.

—Escucha —pronunció, tras la palabra inquisitiva de su invisible interlocutor—. Soy Archer.

—¡Ah! ¿Cómo ha ido todo, muchacho?

—Alguien me ha visto dejar el cadáver. Cuando estaba terminando de hacer el trabajo, sentí un ruido. Entre la maleza que crece detrás de la pequeña playa. Llegué a verlo, pero no pude impedir que huyese.

Siguió un tenso silencio, que fue roto por el otro hombre para inquirir:

—¿Quién era?

—No lo sé. Me pareció un vagabundo. Sólo lo vi durante un momento. Le disparé, pero no pude cazarlo. Quizá hable. Y eso puede complicar mucho las cosas.

Otro largo silencio.

—No creo que se decida a hablar —dijo la voz—. No obstante, estaremos alertas. Es mejor que te ocultes por el momento. Hasta ver en qué para todo esto.

—¿Dónde puedo hacerlo?

—Vete al motel de Charlie. Allí estarás seguro. Hablaré con Charlie ahora. Te estará esperando cuando llegues. Déjate ver lo menos posible. Mientras, trataremos de localizar a ese vagabundo. Pero lo más seguro es que mantenga cerrada la boca. Sobre todo si realmente se trata de un vagabundo. Ese tipo de gentes no quiere buscarse nunca complicaciones con la Policía.

Archer colgó el aparato. Luego secóse con un pañuelo el sudor

que perlabo su frente.

A continuación volvió al coche y se alejó carretera adelante, en línea recta al motel de Charlie, que sería su escondite hasta nueva orden.

El inspector Robín Skeel atravesó con paso firme el paseíllo de grava que comunicaba con la entrada del depósito de cadáveres del hospital de Monterrey.

Estaba instalado en la parte posterior del edificio sanitario. En un sótano al que se descendía por una pronunciada rampa, flanqueada por alargados escalones para los peatones.

Era un lugar sombrío, húmedo, de paredes sucias, con la pintura ennegrecida y ahuecada por la humedad.

Un par de bombillas que pendían del techo iluminaban el recinto con bastante deficiencia.

Al fondo había una hilera de levantes de cemento, con apariencia de catafalcos, separados unos de otros por amplios huecos, sobre los que eran depositados los cadáveres.

El cuerpo sin vida de la joven hallada en la pequeña playa salvaje se hallaba sobre el primero de la derecha, cubierto con una sábana.

El *sheriff* de Monterrey estaba junto al mismo, acompañado de una mujer joven y muy bonita.

Robín se aproximó a ellos.

El *sheriff* lo miró de soslayo y le hizo un gesto de salutación al reconocerlo.

—Hola, inspector.

—Hola.

El *sheriff* señaló a la joven que le acompañaba, pronunciando:

—Essie Winden.

—Me da mucho gusto conocerla, Essie. Lamento lo de su hermana. Soy el inspector federal Robín Skeel. ¿Ha identificado el cadáver?

La joven hizo un gesto de asentimiento antes de musitar:

—Sí. Es mi hermana Loretta.

—¿Se ha comunicado ya con su padre?

—Le he puesto un telegrama. Llegará esta noche o mañana temprano. Está muy atareado.

Robín asintió con un gesto.

El abogado Winden estaba muy atareado preparando la campaña electoral de uno de los más firmes candidatos en las próximas elecciones para ocupar el cargo de gobernador de California.

Skeel lo conocía. Era un hombre de aspecto insignificante, engañoso. Una especie de eminencia gris, sin relieve aparente. Un hombre que laboraba siempre en la sombra de una manera eficiente.

Aquel hombre había hecho una buena elección al ganarse al abogado Winden para su causa y ponerlo al frente de la organización de propaganda para defender su candidatura.

Robín cubrió con la sábana el rostro del cadáver, que habían descubierto antes para que Essie pudiese verla. Luego tomó del brazo a la muchacha y la condujo hacia la salida con un ademán de despedida para el *sheriff*.

La llevó hasta su coche, invitándola a pasar al interior, junto al baquet.

Luego tomó asiento a su lado y conectó el encendido.

—¿Se encarga usted de llevar esta investigación, inspector? —pronunció ella antes que Robin maniobrara para enfilar la Tritón Avenue.

—Sí.

—Parece que mi hermana Loretta ha muerto en extrañas circunstancias. Ha sido encontrada en una playa poco frecuentada, sin señales de violencia. Su muerte parece debida a causas naturales. El doctor insinuó algo acerca de un colapso. Sin embargo, el

F. B. I.,

toma cartas en el asunto.

—No ha habido tal colapso, Essie —respondió el inspector—. Acabo de leer el informe del forense. El organismo de su hermana está saturado de estupefacientes. Se inyectó una dosis elevada, que resultó letal para ella.

Essie lo miró con estupor. Con un gesto de profunda perplejidad en sus facciones.

—¿Está seguro de eso que dice, inspector? —inquirió.

—Claro. El informe del forense no deja lugar a dudas. Junto al cuerpo de su hermana se encontró una jeringuilla. De forma que eso

no deja lugar a dudas.

Essie hizo un leve gesto de asentimiento mientras su mirada se perdía en un punto indefinido ante ella con expresión de ausencia.

—Entiendo, inspector —dijo al fin—. No pongo en duda la capacidad profesional del médico forense. Pero es el caso que mi hermana Loretta jamás fue aficionada a las drogas. En absoluto. Criticaba duramente a las personas que se dejan arrastrar por esa terrible degradación.

Robin torció por Milcos Road para enfilar Emigrant Park y poder llegar al edificio donde la joven tenía su apartamento, en Texas Street.

—Escuche, Essie —dijo de pronto—. En los tres últimos meses, otras dos muchachas han aparecido en características similares a su hermana Loretta. Saturadas de drogas y sin señal alguna de violencia. Cuando se descubrió el primer cadáver, se pensó en una aficionada sin experiencia, que había abusado de la dosis de una manera absurda, impensada. Se durmió en el campo y ya no despertó jamás. Pero al aparecer la segunda, nació la sospecha de una banda organizada. Algunos jóvenes de hoy creen que acentúan su personalidad considerándose libres para entregarse a esa degradación. Es un error que pagan muy caro. Hombres de veinticinco años tienen en ocasiones el organismo de un viejo de setenta por causa de las drogas. Y siempre encuentran gente desaprensiva que les provee de esas porquerías a cambio de dinero. Un buen negocio. Repugnante, pero con amplias ganancias.

—Entiendo, inspector. Es terrible.

—Sí, Essie. Ésa es la palabra. Terrible. Y ahora la aparición de su hermana en un lugar próximo al que se encontró la anterior víctima, y también bastante cercano al que apareció la primera, hace aumentar esas sospechas.

Essie asintió con un gesto. Sin acabar de salir aún de su profundo estupor.

Todo aquello estaba resultando desconcertante para ella. No acertaba a explicarse nada de lo que estaba sucediendo.

—No entiendo —susurró de pronto.

—¿Qué es lo que no entiende, Essie?

—Lo que está ocurriendo. Loretta se sentía tan feliz. Y de pronto aparece muerta en una playa. Drogada.

Robín dejó transcurrir una breve pausa antes de aducir:

—Su residencia habitual es San Francisco, ¿no, Essie?

—Exacto. Usted sabe el trabajo que mi padre está realizando.

—Por supuesto —afirmó Robin.

—Bien. Al iniciar esa campaña, Loretta y yo decidimos pasar un par de semanas en Monterrey. Quizá algo más. Ella era bastante retraída. Tuvo un fracaso sentimental. Desde entonces parecía huir de los hombres.

—Ya.

—Hace un par de días salió de compras. Y regresó muy feliz. Me dijo que iba a salir con un joven muy apuesto, diferente a los demás hombres que había conocido hasta entonces.

—Un flechazo, ¿eh?

—Eso me pareció. Estuvo muy contenta todo el día. Luego se marchó, al caer la noche. Me dijo que la vida era maravillosa. Que quizá todo aquello acabase pronto, pero que merecía la pena vivirlo. Luego... no he vuelto a verla ya. El *sheriff* se puso en contacto conmigo y...

Su voz se quebró en un tenue sollozo.

—Cálmese, Essie. Si Loretta no era adicta a las drogas, quiere decir que alguien la sedujo para que se inyectase. Y hay que encontrar a ese alguien. Aunque...

—¿Qué, inspector?

—No sé —respondió en actitud pensativa, orillando el coche junto al bordillo de la acera, frente al edificio que la joven le señaló—. Intuyo algo raro en todo esto. Algo siniestro, podrido.

Guardó un corto silencio, inquiriendo a continuación:

—¿Conoce al hombre con quien iba a salir su hermana esa noche?

—No.

—¿No le dijo su nombre o algo que pueda servirnos para identificarlo?

—Loretta no quiso contarme nada. Alegó que todo era prematuro aún y quería esperar un poco más, hasta comprobar en qué quedaba todo eso. Aunque ella...

Calló, meditando profundamente.

—Continúe, Essie —la animó Robin—. Cualquier detalle que recuerde puede servirnos.

—Bueno —respondió—. Recuerdo algo. Loretta recibió una llamada telefónica un momento antes de abandonar el apartamento. Pronunció un nombre al hablar. Nick. Eso es. Preguntó que si era Nick. Luego sonrió, agregando que estaba preparada y se reuniría con él en unos minutos. Seguidamente dejó el aparato y se marchó.

Robin abrió la portezuela para que saliese la joven. Luego salió a su vez sobre la acera.

—Nick —murmuró—. Puede ser una pista. Lo es de hecho. Pero debe haber docenas de hombres en Monterrey que se llamen Nick.

—Lo comprendo. Y siento no poder serle de mayor utilidad.

—No tiene usted la culpa, Essie. ¿Quiere que le acompañe hasta su apartamento? —le ofreció.

—Prefiero estar sola ahora.

Señaló el edificio antes de añadir:

—Si me necesita más adelante, puede buscarme en el apartamento número ochenta y tres de la tercera planta.

La joven se adentró en el amplio vestíbulo.

Robin se apoyó distraídamente en el coche y se entregó a una profunda reflexión.

Todo lo que Essie habíale contado concordaba con el sistema empleado por los hampones dedicados al tráfico ilegal de drogas. Un hombre guapo, una alegre aventura y una joven prendida en las redes enmarañadas de una organización criminal.

Sin embargo, Robin intuía algo mucho más profundo en todo aquello. Algo más fuerte que la corrupción y el deseo de obtener un cliente más para el sucio negocio fraudulento de las drogas.

Los hampones no solían buscar sus víctimas entre la clase de mujeres a que pertenecían las hermanas Winden. Se lanzaban hacia otros ambientes de menor moralidad. Hacía mujeres más fáciles por su mayor necesidad de dinero.

La calle aparecía desierta en toda su extensión.

El sol apretaba de firme, parecía lanzar sobre la tierra una auténtica lluvia de plomo derretido. Y los habitantes de Monterrey buscaban un alivio para el terrible calor, que apenas mitigaba la brisa que llegaba a rachas del mar.

Después, al caer el día, la ciudad parecía despertar de su letargo y sus calles se llenaban de gentes ruidosas, cobrando una animación extraordinaria.

De pronto sonó el estrépito de un cristal al ser quebrado con violencia, mediante un fuerte golpe.

Los fragmentos cayeron sobre la acera, golpeando algunos muy pequeños la cabeza y los hombros del inspector.

Elevó la mirada con un gesto de encono.

El cristal había sido roto en una de las ventanas de la tercera planta. Desde abajo podía ver el hueco dejado, con las puntiagudas aristas alrededor del marco de madera.

De pronto oprimió los puños al asaltarle una súbita sospecha.

La fachada contaba con una docena de ventanas en cada planta, todas iguales, uniformes, ofreciendo una visión monótona. No podía adivinar desde allí cuál de ellas pertenecía al apartamento de Essie Winden. Pero muy bien podía ser aquélla en la que el cristal había saltado por un fuerte golpe propinado desde el interior.

No lo pensó dos veces. Era posible que estuviese ocurriendo algo fuera de lo normal en el apartamento de Essie. Y la mejor forma de averiguar eso era subiendo sin pérdida de tiempo.

Se lanzó escaleras arriba, rechazando el ascensor, que le haría perder un tiempo mayor.

Alcanzó la tercera planta y buscó febrilmente con la mirada la puerta señalada con el número ochenta y tres.

Empuñó la manecilla y la hizo girar, comprobando que no estaba cerrada con llave.

Abrió y avanzó un par de pasos por el corto pasillo que conducía al reducido *hall*.

Entonces tuvo la clara intuición de que el peligro le acechaba, presto para caer sobre él con la rapidez de un relámpago.

CAPÍTULO II

HIZO un esguince al tiempo que giraba el cuerpo.

Divisó apenas la porra corta, maciza, que se precipitaba contra su cabeza. Y al hombre que trataba de golpearlo, situado detrás de la puerta que él mismo acababa de abrir.

Aquel tipo había previsto su llegada. Y permanecido al acecho para sorprenderlo.

Esquivó a medias el porrazo, sin poder impedir que el duro adminículo cayese sobre su hombro, rozando su mejilla.

Cargó contra él cuando ya había vuelto a elevar rápidamente su brazo para golpearlo de nuevo.

El golpe del hombro de Robín contra el pecho del otro lo lanzó contra la pared, lanzando sordos gemidos.

Robín le golpeó el rostro con ambos puños, agrietándole los labios y haciendo saltar dos chorritos de sangre por sus cavidades nasales.

Pero el otro resistió bien el castigo. Y pasó al ataque de inmediato, dándole la réplica.

Disparó su pierna diestra, golpeando el bajo vientre del inspector en un fuerte impacto.

Robín se dobló en dos con un bufido de dolor.

El puño del otro lo obligó a enderezarse mediante un gancho. A continuación le propinó un furioso empujón con ambas manos, lanzándole trastabillando hasta el centro del *hall*.

Tropezó con la mesita y cayó envuelto con el sencillo mueble.

El hampón avanzó dos pasos hacia él.

Entonces pudo ver su rostro, algo deformado por sus puños, al ser enfocado de lleno por la luz del *hall*, lejos de la oscuridad del pequeño pasillo.

Lo reconoció. Era uno de los hampones, de Blady Meck, el dueño de los dos mejores clubs nocturnos de Monterrey. Un simple matón a sueldo.

El hampón vaciló de súbito, con la diestra apoyada en la abertura de su americana. Dudando entre desenfundar su pistola o emprender la retirada al reconocer a su vez al inspector federal.

Optó por esto último.

Abandonó el apartamento de súbito, cerrando de un portazo a sus espaldas.

Robín hizo un esfuerzo por levantarse y correr tras él. Por impedirle la huida.

Pero el gesto le arrancó un profundo gemido. Y se vio precisado a obrar con desesperante lentitud.

Al fin se puso en pie, apoyándose en el respaldo de uno de los sillones. Oprimiéndose con ambas manos la parte dolorida.

Entonces vio a Essie Winden.

La joven estaba tendida en el suelo, al pie de la ventana cuyo cristal había sido roto con violencia unos minutos antes.

Se acercó a ella.

Estaba desvanecida. Y era fácil darse cuenta del motivo de su desvanecimiento.

La porra de aquel hampón le había golpeado la cabeza, cerca del parietal izquierdo.

Quizá no era un golpe demasiado contundente. Pero entre eso y la emoción del momento, la mente de Essie había dejado de trabajar de súbito.

Acudió al lavabo y se mojó la cabeza para disipar las nieblas que enturbiaban su cerebro.

Luego acudió de nuevo junto a la joven.

La tomó en sus brazos y la depositó sobre el lecho, en el contiguo dormitorio.

A continuación le aplicó a las sienes un trapo empapado en agua fría.

La joven empezó a dar señales de vida. Se agitó en el lecho, pronunciando palabras ininteligibles.

Al fin abrió los ojos.

Se sobresaltó levemente al posar su mirada en el inspector. Pero su primera impresión cedió al reconocerlo. Entonces se permitió

esbozar una pálida sonrisa.

Encogió las piernas, elevando ambas rodillas para moverlas hacia un lado y sentarse en el borde del lecho.

Al hacerlo, la reducida faldita se elevó hasta su cintura.

Resopló con fuerza.

Es cierto que cada mujer puede ofrecer un encanto diferente. Por su carácter o por su anatomía.

Essie no era una excepción en la regla. Y sus encantos resultaban altamente atractivos.

—¿Qué pasó, Essie? —le preguntó cuándo ella sentóse al fin a su lado, acariciándose la parte donde la porra había hecho su efecto.

—Ese hombre estaba ya aquí cuando entré. Me llevé un buen susto. De pronto me preguntó si me había ido de la lengua con usted. Si le había revelado la identidad del hombre que salió con mi hermana Loretta.

—Muy interesante. Parece que Nick no es trigo limpio. ¿Qué pasó después?

—Fui retrocediendo hacia la ventana. Y de pronto se me ocurrió la idea de que quizá usted continuaba abajo y acaso comprendiese mi señal de peligro si rompía ese cristal. Conque lo hice. Y entonces ese tipo me sacudió un porrazo. Es todo cuanto puedo decirle.

Robin se puso en pie. Luego paseó por la estancia, meditabundo.

—De forma que alguien está muy interesado en que la personalidad de Nick se mantenga en el mayor secreto. Querían saber si usted sabía algo acerca de eso y si me lo había comunicado a mí. En caso contrario, la hubiese amenazado si hablaba. Pero las cosas se precipitaron. Entonces pensó ponerme fuera de combate y luego continuar su interrogatorio. Eso le falló en parte y se largó.

—Puedo describírselo, inspector —alegó ella.

—No es necesario, Essie. Lo he visto. Lo conozco. Hablaré con él. Y le aseguro que lo haré cantar como un sinsonte.

La joven se levantó.

Vaciló algo sobre sus piernas, mareada aún por los efectos del golpe.

Robin se apresuró a situarse junto a ella y pasarle el brazo diestro por la cintura para ayudarla a mantenerse airosamente.

Essie le apoyó la cabeza en el hombro, pronunciando:

—Duele esto, inspector.

—Claro. Y eso es bueno. Lo malo es cuando se recibe un golpe en la cabeza y nunca duele. Quiere decir que lo ha mandado a uno al otro mundo. Pero el dolor, aunque malo, es vida. Dejando a un lado el que lo mejor de todo es no recibir ningún porrazo, claro está.

—Tiene usted una lógica aplastante, inspector.

—Experiencia. Y no me llame inspector a cada palabra. Mi nombre es Robin. ¿Sabe? Estoy pensando algo.

—¿Acerca de qué?

—Acerca de usted. No me gusta la idea de dejarla aquí sola. Esos hampones podrían volver de nuevo. Mejor viene conmigo. En mi apartamento estará más segura. Al menos por el momento.

Ella asintió con un gesto de agradecimiento.

Aquello que acababa de ocurrirle era una experiencia completamente nueva para ella. No estaba habituada a las emociones fuertes. De forma que a pesar de sus ideas avanzadas respecto al feminismo y los derechos e igualdad para todo que pensaba debían existir entre hombres y mujeres, sentíase inclinada a desear sentirse protegida por la presencia de un hombre.

Bajaron juntos, rodando hasta Coast Street, donde Robín había alquilado un apartamento a su llegada a la ciudad.

Le ayudó a sacar un sencillo equipaje. Luego le señaló el lecho.

—Le sentará bien un pequeño descanso después de su experiencia, Essie. Luego se sentirá mejor. Creo que han sido demasiadas emociones juntas.

—¿Va usted a descansar en el diván?

—No. Tengo trabajo por delante.

La joven se quitó con desparpajo la corta faldita y la blusa.

La pequeña prenda superior íntima era del mismo color que la otra. Y adquirirían una tonalidad especial bajo la combinación, de un tenue tono azulado.

Después, sus piernas poseían un algo especial al cambiar de color su piel a partir de la combinación.

—Mejor será que cierre la puerta del dormitorio, Essie —susurró el inspector, pasándose la mano por la frente para ahuyentar los pensamientos que acababan de asaltarle.

—No creo que sea necesario —adujo ella con encantadora naturalidad.

—¿No? Oiga, Essie. Me gustaría saber si realmente es usted una ingenua o es que se ha empeñado en hacerme papilla. ¿Sabe usted lo que ocurre cuando se acerca una llama a un barril de pólvora?

—Pues... Bueno. Que la pólvora hace explosión.

—Exacto. Y es como me siento yo ahora. A punto de reventar.

Essie captó el significado de las palabras del inspector. Se miró, apoyándose las manos en el vientre. Luego tomó con rapidez el vestido y se cubrió con él un retazo de su prenda más íntima.

—Disculpe, Robín. Siempre había tenido la idea de que un inspector federal estaba inmunizado contra ciertas cosas.

—No confunda nunca esas cosas, Essie. Estoy inmunizado contra la corrupción y otras lacras. Pero ser inspector federal no lo exime a uno de continuar siendo hombre. Y ahí está el peligro.

Salió seguidamente de la habitación, cerrando la puerta a sus espaldas.

Respiró con fuerza, esforzándose por apartar de su mente el recuerdo de la joven. De sus interioridades.

Bajó a la calle, rodando por las semi desiertas calles, hasta Emigrant Park.

Allí, en el mejor lugar de la plaza, estaba instalado el Missouri Club. Quizá el club nocturno más típico de Monterrey, propiedad de Blady Meck.

Robín entró a la sala de la planta baja, decorada con motivos del legendario Oeste.

Las paredes estaban llenas de pinturas modernas, representando escenas de las praderas, con indios, cow-boys, caravanas y pistoleros.

La sala estaba sumida en una semi penumbra, que contribuía a darle aquel ambiente de suave fresco que dominaba en su atmósfera.

Pocos clientes a esa hora. La siesta era una costumbre dejada por los antiguos dominadores españoles, que continuaba teniendo adeptos entre las modernas generaciones.

Robín fue directamente a la puerta lateral que comunicaba con la planta superior, donde se hallaba el despacho de Blady Meck.

Se detuvo ante la puerta de cristal tallado, sobre la cual pendía un rótulo esmaltado que rezaba:

«Blady Meck. Private»

Golpeó con los nudillos.

—Adelante, inspector Robín —se elevó una voz en el interior.

Entró.

El despacho estaba montado con muebles metálicos, modernos. Armario, mesa de escritorio, interfono, sillones...

Blady estaba solo y lo invitó a sentarse con un ademán de su diestra, que parecía un gesto de condescendencia.

—No sabía que tuviese chivatos abajo, Meck —adujo Robín—. Pero veo que le han comunicado mi llegada.

—Exacto, inspector —sonrió el otro—. Me gusta saber la clase de clientes que frecuentan mi club. Tengo puestas en él grandes esperanzas. Y cuando llega algún personaje que consideramos de cierto relieve, se apresuran a decírmelo.

—¡Ya! —replicó Robin—. Gracias por eso de personaje de relieve. Aunque no me tengo por tal.

Blady sonrió tenuemente, emitiendo una suave risita.

—Para mí sí lo es, Robin. Durante mi estancia en San Francisco, todos los policías de la ciudad anduvieron detrás de mis pasos. Sólo usted consiguió buscarme las cosquillas y hacerme pasar casi dos años en la cárcel. Consiguió capturarme, consiguió triunfar donde todos los demás habían fracasado.

—Fanfarrón hasta la médula —pronunció Robin—. Ya lo entiendo. Quiere valorarme a mí para poder supervalorarse usted. Pero la verdad es que entonces no triunfé, Blady.

—¿No? Me parece que es usted un hombre muy modesto, inspector.

—En absoluto. Usted mismo ha reconocido que por mi culpa le endosaron casi dos años de encierro. Pero la verdad es que usted merecía la cámara de gas.

Blady volvió a reír como antes.

Era un hombre alto y delgado, vestido de una manera que quería ser tan elegante y minucioso, que caía en el ridículo al sobrecargar las cosas. Hablaba siempre en un tono untuoso, con mucha calma, sin perder jamás la compostura.

Había dejado atrás los cincuenta, aunque hacía todo lo posible por disimularlo con afeites y arreglos artificiales.

—Bien, inspector. Sé que jamás me haría una visita de cumplido,

así que puede soltar lo que le ha traído aquí. Le escucho.

—En realidad, lo he buscado como intermediario, Blady. Con quien necesito hablar es con su empleado Tony Manders.

Blady sacó un cigarrillo turco de una caja situada sobre la mesa de escritorio. Luego lo encendió calmamente antes de responder:

—Me temo que ha perdido su precioso tiempo, inspector. Tony no trabaja ya para mí. ¿Sabe? Era un tipo bastante violento. Y decidí prescindir de sus servicios. Esos hombres así pueden buscarle a uno complicaciones. Y eso no me gusta. He puesto todas mis esperanzas en mis dos clubs y deseo ir adelante con ellos con limpieza.

Robín sintió deseos de aplastar de un puñetazo la sonrisa meliflua en que se curvaban los labios finos de su interlocutor.

Aquella respuesta equivalía a decirle que no pensaba colaborar con él. Y que haría lo imposible por conseguir que Tony no cayese en sus manos. Era obvio decir por qué.

Ahora Robín ya sabía en qué dirección podía encontrar una pista. Blady Meck sabía algo de todo aquello. Quizá demasiado. Pero no era hombre que patinase fácilmente.

Se puso en pie.

—De acuerdo, Blady. Es todo cuanto quería preguntarle. Aunque si me lo permite, me gustaría hacerle una advertencia.

—Adelante, Robín. Usted es un hombre experimentado. Un consejo suyo tiene su mérito.

El inspector apoyó ambas manos en el borde del tablero y adelantó agresivamente el busto antes de pronunciar:

—No le creo nada de lo que me ha dicho. Mucho menos acerca de la limpieza de sus clubs. Eso, por supuesto, no se lo cree ni usted mismo. Menos que nadie, porque se conoce a fondo. No me he tragado el cuento de que Loretta Winden cometiese la imprudencia de inyectarse demasiada droga y eso la mató. No, Blady. Desde el primer momento he sabido que alguien le inyectó esa porquería, aunque ignore aún las razones. Y ese alguien tiene relación de un modo u otro con usted y sus sucios negocios. No debía haberle dicho esto, pero ya está. Cuídese mucho. Aquellos dos años pueden convertirse ahora en unas vacaciones por cuenta del Estado de muchos años más. O un paseo por la cámara de gas.

Dio media vuelta bruscamente, sin esperar la respuesta de Blady,

y abandonó el despacho.

Robin atravesó la sala a grandes zancadas.

Luego subió a su coche y se alejó.

Sonrió al ver por el espejo retrovisor cómo uno de los empleados del club asomaba a la puerta y lo seguía con la mirada, como queriendo cerciorarse de lo que iba a hacer.

Eso le dio una idea.

Había proferido veladas amenazas contra Blady Meck y su organización. Había mencionado a Tony Manders, el hampón que había tratado de amenazar a Essie.

Meck era un tipo listo. Debía mantener a Tony oculto en su propio club. Y ahora trataría de sacarlo de allí por la vía rápida y quitarse el peligro de encima.

No esperaría más. Aprovecharía aquel intervalo, aquella tregua, para hacerlo.

Torció por la primera calle, sin decrecer su velocidad. A continuación siguió adelante, para torcer por los viejos callejones del antiguo barrio nacido durante la dominación española, dejarlos atrás y enfilarse de nuevo Emigrant Park por la otra esquina.

Vio un coche detenido en la puerta del club. Un sedán pintado de gris, de potente motor.

Robin saltó al suelo. Luego avanzó hacia la entrada del club, pegado a las paredes, atisbando con atención la amplia puerta.

Se guareció en un zaguán al ver de súbito salir a un hombre del club y atravesar la acera para llegar hasta el coche pintado de gris.

Sonrió tenuemente al reconocerlo con facilidad.

No se había equivocado en sus suposiciones. Allí estaba Tony Manders, dispuesto a alejarse lejos de Monterrey, antes que la alarma fuese dada y todos los caminos quedasen cerrados y todos los coches patrulleros alertados.

La intensidad del calor empezaba a decrecer y varios transeúntes circulaban ya por las aceras, en todas direcciones.

Tony se metió en el coche.

Antes que acabase de cerrar la portezuela, Robin corrió hacia él.

Apoyó su diestra en la portezuela y la abrió de golpe, arrebatándosela materialmente de la mano del hampón.

—Hola, Tony —pronunció—. Será mejor que vengas conmigo. Tenemos que hablar de un asunto confidencial.

El hampón lo miró con estupor en un principio. Pero eso cedió pronto y se puso tenso.

Hizo un gesto para salir. Asomó las piernas y luego la cabeza.

De pronto se lanzó hacia adelante, cargando contra Robín Skeel, que no pudo esquivar el golpe de su cabeza contra su pecho.

Cayó de espaldas al suelo, muy cerca de la entrada del club.

Tony se acomodó en el baquet con febriles movimientos. Luego cerró la portezuela, al mismo tiempo que giraba el volante y arrancaba a toda velocidad.

El inspector se maldijo a sí mismo por su falta de precaución en ese caso.

Seguidamente se levantó y corrió hacia su coche. Cuando arrancó, vio desaparecer la trasera del coche gris al doblar la primera esquina.

Apretó de firme el acelerador, tomando la vuelta casi sobre dos ruedas.

El hampón dejó atrás las últimas casas de Monterrey. Luego enfíló un viejo camino de la costa soslayando la amplia pista asfaltada.

Robín adelantó terreno. Aquel hombre no era muy hábil con el volante. Y el camino era bastante accidentado, sinuoso.

Fue ganando terreno.

Entonces Tony aceleró su velocidad, cuando ya apenas unas veinte yardas lo separaban del coche conducido por el inspector federal.

Lo hizo rabiosamente al darse cuenta de que no iba a conseguir despegárselo de encima.

En la siguiente curva estuvo a punto de derrapar al tomarla demasiado cerrada. Pero la suerte le acompañó esa vez y el coche recobró su posición normal después de dar un par de saltos.

Se acercaron a uno de los puntos más elevados del camino, donde éste discurría por el borde de un precipicio, a cuyos pies se estrellaba el oleaje con sordo ruido, como el fragor de una lejana tormenta.

El inspector decidió esperar.

Veinte millas más allá, el hampón no tenía más remedio que salir a la autopista para seguir adelante.

Una vez allí, no le sería difícil bloquearlo, adelantándolo o

avisando a las patrullas. Todo era cuestión de paciencia.

Die pronto reventó con sordo ruido uno de los neumáticos traseros del coche gris.

El vehículo inició una serie de cabriolas, produciendo penetrantes chirridos al aplicar Tony los frenos.

Saltó extrañamente en un bache y se torció hacia el borde del precipicio, pese a los esfuerzos del hampón, que habíase volcado sobre el volante en un intento desesperado de dominarlo.

No lo consiguió.

El vehículo enfiló rectamente el vacío. Arranco los petriles que sostenían la malla pintada de rojo y blanco a rayas y se precipitó abajo.

Robín frenó con rapidez.

Le pareció percibir el grito infrahumano de Tony Manders al caer al vacío, al encuentro de una muerte brutal.

El coche se estrelló contra unas rocas de forma espectacular.

Varias piezas salieron proyectadas al aire, como bajo los efectos de una violenta explosión.

Luego dio una vuelta de campana y se hundió en las espumeantes aguas, asomando parte de las cuatro ruedas cuando el golpe de mar se retiraba para dejar paso a una nueva ola.

No podía hacer nada por Tony Manders. Un trágico destino lo había envuelto entre sus garras. Su cadáver debía estar destrozado allí abajo, aprisionado entre los restos del coche.

Volvió al coche y maniobró para dar vuelta y emprender el camino de regreso.

Se dirigió rectamente a la oficina del *sheriff* de Monterrey.

Estaba allí y lo recibió con un gesto de inteligencia.

—Hemos encontrado algo, inspector —dijo nada más verlo entrar.

—Acaba de ocurrir un accidente, *sheriff* —respondió Robín—. Envíe equipos de salvamento para rescatar un cadáver del mar.

Le explicó lo sucedido.

—Bien —agregó al acabar—. ¿Qué es eso que dice haber encontrado?

El *sheriff* dejó sobre la mesa una caja fuerte portátil, cuya cerradura había sido forzada y en cuyo interior había un brazalete de oro, con incrustaciones de piedras preciosas.

—¿Dónde han encontrado esto, *sheriff*? —preguntó.

—A muy corta distancia del lugar donde apareció el cadáver de esa joven, de Loretta Winden. El brazalete estaba más allá, entre la maleza. Ésta ha sido robada a la señora Wlen. Denunció el robo al anoecer. Y media hora antes llevaba esta caja en su coche, de donde fueron sustraídas por el ladrón. Contenía una colección de joyas valoradas en un cuarto de millón de dólares. Las llevaba para la exposición caritativa. Y empiezo a pensar que un ladrón no pierde una joya como ésta, a no ser que algo le haga salir huyendo. Por ejemplo presencia de un hombre llevando consigo el cadáver de una muchacha.

CAPÍTULO III

MUY interesante, *sheriff*.

—No cabe la menor duda que el robo ha sido realizado por un aficionado, inspector —siguió diciendo el representante de la ley en Monterrey—. Un hombre que aprovechó una ocasión favorable. La señora Wlen se detuvo un momento en un motel de la carretera. Aparcó para entrar al bar, en compañía de su guardián. Un detective de la compañía de seguros. El ladrón aprovechó ese momento para forzar la portezuela y registrar el coche. Se llevó la caja y algunas herramientas del salpicadero. Lo que indica que se encontró con algo inesperado para él. Eso parece señalarlo como a un vulgar vagabundo que quiso obtener unos dólares y se encontró con una fortuna.

Robín meditó en todo aquello.

—Creo que tiene razón, *sheriff* —reconoció al fin—. Debió retirarse a ese lugar solitario para forzar la pequeña caja. Y quizá vio lo que ocurrió allí con Loretta Winden.

—Muy probable. Pero precisamente por tratarse de lo que nosotros llamamos un ave de paso, va a ser muy difícil localizarlo.

—Yo opino lo contrario —replicó Skeel—. Por una razón muy sencilla. Un profesional suele conocer a expertos dedicados a la adquisición de joyas robadas. Hombres que las desmontan para venderlas en piezas. Pierden valor, pero la ganancia es siempre sustantiva. Pero un tipo inexperto en esas lides tendrá que buscar a cualquiera y lo más cerca posible. No se sentirá muy seguro conservando esa fortuna en su poder. Dígame una cosa. ¿Qué personaje de Monterrey podría atreverse a adquirir esas joyas robadas?

—El judío Samuel Ibraín. Lo tenemos bajo vigilancia. Pero es

difícil cazarlo in fraganti. Y una orden de registro no solucionaría nada.

—Hay otros medios, *sheriff*. Hacerle temer que puede ser descubierto. Forzar la situación. Obligarle a descubrirse. Yo me ocuparé de eso.

Robín abandonó la oficina, encaminándose a la México Street, donde se hallaban instaladas las típicas tiendas de ventas de recuerdos del país.

Conocía al judío Samuel. De antiguo. Un hombre que jamás había jugado limpio. Un zorro ladino y taimado, hábil artífice, cuya única preocupación era obtener buenas ganancias a costa de engañar a quien fuese.

La tienda era pequeña y estaba bien organizada, el escaparate ofrecía una buena variedad de joyas de los precios más variados.

Las paredes estaban recién pintadas. Y el mostrador, de cubierta de cristal, que cubría unos estantes, estaba también repleto de sortijas, pendientes y distintas joyas, muchas de las cuales constituían un grato recuerdo para los turistas de su estancia en la antigua capital de California.

Al abrir la puerta, un timbre sonó en la trastienda, anunciando la llegada de un visitante.

La puerta se abrió casi de inmediato y Samuel Ibraín apareció al otro lado del mostrador, llevando en la frente el anteojito de aumento que utilizaba para examinar los materiales de las joyas.

—Buenas tardes, señor. Si desea...

Cortó en seco la frase al reconocer de súbito a su visitante. Su frente se pobló de diminutas arrugas al tiempo que achicaba sus pardos ojillos en un gesto de desconfianza.

—Hola, Samuel.

El judío era más bien bajo y muy delgado. De ojos pequeños y ligeramente saltones, tez muy morena y nariz aguileña.

—El inspector Robín Skeel —musito—. Bueno. Cuando hace tiempo que no se ve a una persona conocida, suele decirse que uno se alegra de volver a encontrarla. Pero lamento decirle que yo no puedo decir eso, inspector.

—Ni lo esperaba, Samuel. Hubiese sido una hipocresía. Y prefiero la sinceridad por encima de todo.

El joyero retiró de su frente la goma que sostenía el anteojito y lo

dejó sobre el mostrador, inquiriendo:

—Bien. Usted tampoco me hubiese hecho una visita de cumplido. Creo que ninguno de los dos guardamos un buen recuerdo del otro.

—No, por supuesto —respondió Robin—. Guardo siempre un buen recuerdo del delincuente que sale arrepentido y emprende una nueva vida. Pero no es ése su caso, Samuel.

El judío masculló algo ininteligible.

—Al grano, inspector —apremió después—. Mi tiempo es muy precioso para perderlo en estúpidas conversaciones.

Robin sacó una lista de las joyas robadas a la señora Wlen, que el *sheriff* habíale facilitado.

—Examine esta lista, Samuel. Son joyas robadas. Sabemos que el ladrón ha tratado de quitárselas de encima con la mayor rapidez posible. Es un novato. Es posible que las haya traído aquí y...

—No compro nunca joyas robadas, inspector le atajó el judío con un gesto de enfado.

A continuación abrió un cajón del mostrador y sacó de él una lista exacta a la que Robin acababa de enseñarle.

—Tenía otra lista igual. El *sheriff* me la proporcionó por si ese tipo venía aquí. Pero no le he visto el pelo.

Robin lo miró con fijeza, tratando de penetrar más allá del hermetismo de que hacía gala su interlocutor.

Pero no pudo sacar nada en limpio. Samuel Ibraín se las sabía todas.

—¿Desde cuándo un inspector federal dedica su tiempo hábil a investigar el robo de unas joyas? —pronunció en tono impersonal.

—Detrás del robo de esas joyas está la muerte de una mujer. Y detrás de la muerte de esa mujer, un negocio repugnante de drogas. El hombre que robó estas joyas creo que puede aclararnos algo al respecto.

Hizo una pausa, agregando a continuación:

—Escuche, Samuel. Necesito saber quién es ese hombre. Y tengo la sospecha de que usted puede decírmelo. Si lo hace... Bueno. Puedo garantizarle ciertas seguridades. Yo...

Calló ante el gesto imperioso del dueño de la joyería.

—No siga, inspector. Es inútil. Ese hombre no ha estado aquí. Me hubiera puesto en contacto con el *sheriff*. Lo siento.

—¿Me permite efectuar un registro de su tienda, Samuel?

El judío continuó inexpresivo. Sólo por un instante campeó en sus pupilas una chispita de malicia divertida.

Luego se acodó en el mostrador, de forma que su rostro quedase muy cerca del de Robín, y respondió:

—Naturalmente que puede efectuar un registro, inspector. Con todas las de la ley. Ya sabe lo que quiero decir con eso. Provéase de una orden judicial y le abriré todas las puertas para que mire detrás de ellas.

—Obtener esa orden me llevará cerca de una hora —comentó Robin.

—Ya lo sé. Me he cansado ya de verlo. Dentro de una hora habré descansado y podré aguantarlo un poco más.

—Es el tiempo que necesita para poder ocultar esas joyas en lugar seguro, donde no puedan ser encontradas.

El judío Samuel emitió una sarcástica risita antes de replicar:

—Se equivoca, inspector. Los dedos se le vuelven huéspedes. Desconfía de mí. Eso es todo. Se cree muy listo, pero no lo es en el fondo. Me cazó una vez y piensa que puede cazarme siempre que se lo proponga. Pero está errando. No tengo esas joyas. Y me pregunto qué piensa decirle al juez para justificar el registro. Y qué le dirá después de haberlo efectuado con un completo fracaso.

—Eso es cuenta mía, Samuel.

—Me gustaría hacerle una apuesta, inspector.

—Suéltela —le animó.

—Diez dólares si en el plazo de una semana usted consigue demostrar que esas joyas han pasado por mis manos.

—Acepto —afirmó Robin.

Samuel se puso serio.

—Es usted un tipo asqueroso, inspector bramó. —Será un placer para mí visitarlo dentro de una semana para cobrarle el precio de la apuesta.

—No tendré que esperar tanto. ¿Sabe, Samuel?

Conozco las martingalas de que se sirven los tipos como usted para ocultar lo que no les interesa mantener a la vista de cualquiera. Baldosas, huecos de la pared...

La seriedad de las facciones de Samuel se acentuó al máximo.

—Lárguese ya, inspector. Le esperaré.

Robín salió seguidamente.

Recorrió lentamente la calle, teniendo que hacer sonar el claxon con insistencia para abrirse camino entre la riada de gente que poblaba ya aquella típica calle de la ciudad.

Los tenderetes se amontonaban en las estrechas aceras, obligando a los transeúntes a caminar por la calzada.

Robin pudo alcanzar al fin el final de la larga y estrecha calle.

Entonces aparcó el coche y salió, retrocediendo a pie, mezclado con la multitud.

Fue a situarse en un punto estratégico de la calle dedicada a México, junto a un tenderete en el que se vendían pañuelos y sombreros californianos, de amplias alas y copa cónica, con múltiples dibujos.

Un cuarto de hora más tarde fijó su atención en un hombre vestido con una corta chaqueta de tela blanca, que portaba en su diestra una bandeja cubierta por una servilleta, que se veía precisado a hacer verdaderas filigranas para conservarla en equilibrio.

El hombre desapareció en el interior de la joyería de Samuel. Lo que arrancó una sonrisa enigmática al inspector federal.

El hombre permaneció en el interior por espacio de veinte minutos, al cabo de los cuales volvió a salir portando la misma bandeja cubierta.

Robin abandonó entonces su posición y avanzó hacia él, sorteando a las personas que le cerraban el paso.

Se situó a su espalda y le golpeó con suavidad en el hombro, cuando apenas habíase alejado una docena de yardas de la joyería.

El hombre se volvió con sonrisa conejil.

—Inspector federal —pronunció Robin, poniéndole su carnet ante los ojos—. Sígame. Y no trate de oponer resistencia. Sería muy perjudicial para usted.

La sonrisa desapareció como por ensalmo de los labios de aquel hombre, siendo sustituida por un gesto de temor, de inquietud.

Entraron juntos en la tienda, haciendo sonar el timbre interior.

Samuel apareció en la puerta de la trastienda donde tenía montado su taller, con cara de cierto enfado.

Su rostro adquirió un extraño tinte violáceo al posar su mirada alternativamente en las facciones de ambos hombres.

Robin le indicó que depositase la bandeja sobre el mostrador. Lo que obedeció sin rechistar.

Arrojó a un lado la servilleta.

Quedó al descubierto un plato de guisado, un vaso de vino de California y un panecillo de regular tamaño.

—Es mi comida —pronunció el judío con voz débil. No he tenido apetito. Todos los días a esta hora me la sirven aquí.

El inspector se percató de que el pan estaba partido por la mitad y unidos de nuevo ambas partes. Lo tomó en sus manos.

Apenas lo había hecho, cuando el hombre que llevaba la chaquetilla se abalanzó sobre él de improviso.

Robin disparó su codo izquierdo hacia un costado, estrellándolo en el mentón del otro.

Luego, antes que acabara de reponerse de su estupor, dejó el pan y le aplicó un soberbio gancho, lanzándolo de espaldas al suelo.

El inspector se acercó a él.

Habíase incorporado sobre ambos codos, acariciándose el dolorido mentón.

Lo tomó por una mano y lo obligó a ponerse en pie. A continuación lo lanzó de un empujón hacia el mostrador.

—Quieto ahí, bergante —mascullo—, será mejor que no cometa una nueva estupidez. Podría costarle cara.

Rompió el pan. Luego examinó las joyas que habían sido introducida en su interior y taponadas después con trozos de la miga.

—Muy ingenioso, Samuel —sonrió—. De forma que nunca adquirió joyas robadas. No le interesan. Son un mal negocio siempre. Por lo menos lo ha sido en esta ocasión. Y ahora quiero saber quién ha traído esto aquí.

Samuel asintió con un gesto.

Estaba perdido. La compra de aquellas joyas iba a suponerle unos cuantos años de encierro. De forma que casi era un motivo de contento para él delatar al tipo que se las había proporcionado, para que también pagase, para que no disfrutase de libertad a cuenta del dinero que habíale pagado.

—Es un vagabundo. Un tal Styll. Un desgraciado. Dijo que pasaría por lo menos una semana en el motel de Charlie, dándose la gran vida. Me parece que no ha debido comer caliente en mucho

tiempo.

—Entiendo.

Robin llamó por teléfono a la oficina del *sheriff*, sin perder de vista a los dos hombres, que aparecían abatidos, confusos por el giro imprevisto que habían tomado los acontecimientos para ellos.

—Muy ingeniosa su idea de sacar las joyas de aquí antes que volviese con la orden de registro —comentó el inspector, mientras esperaba la llegada de la Policía—. Pero había imaginado que intentaría hacer algo semejante. Y me mantuve al acecho. Quizá no sea muy listo, como usted adujo antes, Samuel. Pero tampoco soy un idiota. Bien. Las deudas de juego son sagradas. Será mejor que me pague esos diez dólares de la apuesta.

Extendió la palma de su diestra hacia el judío que hizo un gesto compungido.

—¿Será capaz de cobrarlos, inspector? —musitó.

—Claro. Son los diez dólares mejor ganados de mi vida. Ya le he dicho que las deudas de juego son sagradas.

Samuel se los entregó con un gesto, como si le estuviesen sacando un trozo de intestino en vivo.

Cuando llegaron los policías uniformados con un coche patrullero, promoviendo la curiosidad de la gente que poblaba la calle, el inspector les dio instrucciones y se despidió.

Enfiló la carretera de Santa Cruz, a cuya parte izquierda estaba instalado aquel motel.

Constaba éste de una doble hilera de pequeños apartamentos individuales, que se extendían ante la cinta asfaltada hasta un número de veinte, con otros tantos a sus espaldas, de cara al mar.

En el centro de la primera hilera se hallaba el bar y restaurante, más allá de una explanada para aparcamiento de los coches y camiones y un surtidor de combustible.

Robin entró en el restaurante, dirigiéndose al hombre del mostrador.

Le preguntó por Styll.

—Lo conozco —respondió el otro—. Un tipo raro. Alquiló un apartamento para una semana. Y de pronto se despidió. Parecía asustado. Como si hubiese visto un fantasma.

—¿Dónde ha ido? ¿No ha dicho nada al respecto?

—Pues... Oiga, amigo. Esto parece un interrogatorio.

—Lo es —replicó el inspector, mostrándole su carnet.

Se frunció el entrecejo del hombre del mostrador al comprobar la identidad de su interlocutor.

—¿Qué ha hecho ese hombre?

—Un robo importante. Posible testigo también de la muerte de una mujer joven.

Se enserió el rostro del otro. Una luz de inteligencia brilló en sus pupilas por un instante. Algo que no fue advertido por el inspector, porque de otro modo hubiese acentuado su desconfianza hacia aquel hombre grueso, de abultadas papadas, que mantenía el negocio del motel.

—Ha tomado el bus que va a San Francisco —respondió—. Hace escasamente quince minutos. Tiene parada un poco más arriba del motel.

Robín se apresuró a volver al coche y arrancar, apretando de firme el acelerador.

No tardó muchos minutos en divisar en la distancia la trasera del coche de viajeros.

Entonces se mantuvo detrás, hasta que el vehículo se detuvo en un cruce de caminos.

Robin se apresuró a detenerse inmediatamente detrás y subir por la puerta delantera.

—No arranque hasta que yo lo ordene —dijo al conductor—. Inspector federal.

Paseó su mirada por todos los ámbitos del vehículo. Y no tardó en reconocer a Styll, pese a no verlo jamás antes en su vida.

Era cierto lo que había dicho el dueño del motel acerca de que estaba atemorizado.

Sus facciones expresaban el temor. Miraba de continuo a su alrededor y se pasaba la mano por entre el cuello y el de la camisa para limpiarse el sudor.

Las ropas nuevas le sentaban mal, se veía que no estaba habituado a vestir un traje nuevo. Y su nerviosismo había crecido desde la detención del coche de viajeros.

Robin se le acercó, inclinándose sobre él para musitar:

—¿Styll?

—Sí.

—Inspector federal. Venga conmigo. No trate de oponer

resistencia.

El hombre pareció asustarse en un principio. Pero luego respiró más tranquilo, como si se hubiese quitado un gran peso de encima.

Salieron juntos.

Permanecieron en el borde de la carretera, viendo partir el autobús, hasta que se perdió de vista al doblar el siguiente recodo.

—¿Qué..., qué sabe de mí, inspector? —inquirió con un hilo de voz.

—Me parece que todo, Styll. Lo del robo de las joyas y su posterior venta al judío Samuel. Usted perdió un brazalete cerca de la playa. Y el resto de lo robado lo encontré en poder de ese judío.

—Ya.

—¿Cuánto le pagó Samuel por ese lote? —le preguntó mientras lo tomaba por un brazo para llevarlo hasta el coche.

—Diez mil dólares. Mucho más de lo que había soñado poseer algún día.

—Samuel hubiese sacado por todo eso alrededor de doscientos mil dólares de ganancia neta. Vaya un ladrón ese tipo.

Montaron en el coche y el inspector maniobró para enfilear el camino de retorno a Monterrey.

—Había pensado pegarme la gran vida —adujo el vagabundo con un gesto de añoranza—. Pero siempre he tenido mala suerte. Aunque me pareciese que esta vez las cosas cambiarían. Era demasiado hermoso.

—¿Cuánto cree que le hubiese durado ese dinero, Styll?

—Quizá tres meses.

—Bueno sonrió Robín. —Ahora pasará una larga temporada de descanso, sin tener que preocuparse por la comida y la pensión, Styll. El Estado le proveerá de todo eso.

—Es un consuelo, inspector.

Robin dejó transcurrir una breve pausa antes de preguntar:

—Usted descerrajó esa caja que contenía las joyas en la playa. Una playa donde al día siguiente fue encontrado el cadáver de una joven, saturada de drogas. Tengo la impresión de que usted vio algo de eso, Styll. Y es muy importante.

El vagabundo se estremeció.

—Cierto, inspector —reconoció al fin con un hilo de voz—. Vi lo que ocurrió.

—Pues suéltelo, amigo.

—Bien. Estaba cerca del motel cuando esa dama encopetada y su perro guardián entraron en el bar. Me di cuenta que ella no llevaba su bolso y pensé que acaso lo había dejado en el coche. Conque lo abrí. Luego corrí hasta alcanzar ese paraje cercano a la playa, que me pareció un buen lugar para forzar aquella caja. Me costó lo suyo abrirla. Estaba terminando, cuando sentí la llegada de un coche. Se detuvo junto a la arena y descendió un hombre. Luego sacó el cadáver de esa mujer y lo dejó sobre la arena. A continuación depositó una cajita junto al cuerpo y llevó unas ropas hacia el arbolado donde yo me encontraba yo. Pasé un mal momento. Aceleré mi trabajo y debió oír el ruido. Entonces avanzó más. Sacó una pistola y eso me asustó. Corrí todo lo que pude. Entonces debí perder ese brazalete. Disparó contra mí. Con silenciador. Sentí el silbido de las balas. Y al fin conseguí despiatarlo.

—¿Podría reconocerlo si lo viese de nuevo?

—Claro. Como que lo he vuelto a ver —confesó el vagabundo.

—¿Dónde?

—En el motel de Charlie, donde alquilé un apartamento. Confieso que su presencia me asustó. Pensé que me había reconocido a su vez y me acechaba para liquidarme, así que decidí alejarme de allí más que al paso. Pregunté su nombre al dueño. Se llama Archer Valen.

Robin hizo un gesto de inteligencia.

Había oído hablar de Valen. Otro hampón al servicio de Blady Meck. Como Tony. Manders. Otro tipo del que Meck no respondería, alegando su despido.

Pero era una excelente pista.

—No creo que Archer Valen lo buscase ahí, Styll —adujo el inspector—. Lo más seguro es que estuviese tratando de ocultarse. Debía temer que usted hablase con la Policía. Y esperaba el curso de los acontecimientos.

—¿Usted cree?

—Estoy seguro. Vamos al motel ahora. Usted presenciara su detención. Lo reconocerá delante de mí.

—Usted manda, inspector.

Alcanzaron el motel, desviándose por el camino que conducía a hacia los apartamentos situados en la parte posterior.

Styll le señaló la puerta señalada con el número veinticuatro.

—Ésa es. De ahí lo vi salir.

El sol se ocultaba ya a medias tras de la línea del horizonte, como si estuviese hundiéndose en el mar. Y empezaban a caer las primeras sombras grisáceas del crepúsculo, anunciando el fin del día.

Robín se acercó a la puerta, seguido del vagabundo, cuya mirada se paseaba de continuo por todos los ámbitos, como si temiese ver surgir de un momento a otro un peligro terrible para él.

Fue a pulsar el zumbador y, para hacerlo, apoyó la mano izquierda en la puerta.

Ésta cedió a la leve presión, abriéndose unas pulgadas.

Styll se estremeció ligeramente, como si presintiese la tragedia, la presencia de la muerte.

Un presentimiento que compartía el inspector federal.

CAPÍTULO IV

ROBIN accionó el conmutador de la luz.

El hampón estaba allí, tendido al otro lado del diván, asomando la parte inferior de su pierna izquierda. La diestra la mantenía encogida bajo el cuerpo, que se mantenía de costado, sobre un charco de su propia sangre.

Avanzaron hacia él y el inspector se inclinó sobre el cadáver para palparlo.

Estaba muerto. Pero su muerte era muy reciente. No se había presentado aún el *rigor mortis*.

Sus ojos estaban desorbitados por su último gesto de terror al acusar los impactos en el pecho, que habían puesto fin a su vida.

Styll dejó escapar un silbido significativo al mirar el cadáver ensangrentado de Archer Valen.

—Con razón tuve miedo yo —musitó—. Estos tipos no se andan por las ramas.

—Ahora lo comprendo todo —masculló Robin, irguiéndose.

—¿Qué es lo que comprende, inspector? Opino que esto es mucho más complicado de lo que parece a simple vista.

—Este hombre no mató a Loretta. Sólo se encargó de llevar su cuerpo a la playa y abandonarlo allí. Charlie sabía la clase de huésped que ocultaba aquí. Debe haberle sorprendido que usted le preguntase su nombre. Y a través de mi conversación con él al preguntarle por usted, ha adivinado la verdad. Lo más seguro es que se haya puesto en contacto con Blady Meck. Y éste ha decretado la muerte de su hampón. Lo hubiese mantenido oculto hasta ver en qué paraba todo esto. Incluso le hubiera ayudado a alejarse del país de haber podido hacerlo sin riesgos para él. Pero eso era ya algo difícil sabiendo que un inspector federal andaba detrás de sus pasos.

Era mejor cerrarle la boca para siempre.

—Todo esto es chino para mí, inspector —comentó el vagabundo.

—Es natural. Se trata de mi profesión, no de la suya.

—Desde luego. ¿Va a detener a Charlie y a ese otro tipo que ha nombrado? —le preguntó Styll.

—No. Aún no. Todos negarán los cargos. Todos presentarán coartadas difíciles de tirar abajo. Pero eso llegará. Espero que sea pronto.

—Amén.

Robin cerró la puerta del apartamento y volvieron a rodar, hasta alcanzar la oficina del *sheriff*.

Le entregó a Styll, poniéndolo en antecedentes de lo ocurrido con el hampón.

—Realice investigaciones cerca de Charlie —acabó diciéndole—. Procure sonsacarle algo. Eso es todo por ahora.

Se volvió con la mano ya en el pomo de la puerta.

—Una cosa.

—Diga, inspector.

—El padre de Loretta es posible que llegue esta misma noche. Vendrá aquí. Su hija Essie está en mi apartamento. Puede enviarlo allí.

—Dé acuerdo. Buenas noches, inspector.

Robín fue a su apartamento.

Abrió la puerta, comprobando que la luz del *hall* estaba dada.

Se adentró, cerrando la puerta.

El dormitorio estaba abierto.

Se asomó al cuarto.

Las ropas del lecho estaban revueltas. La almohada en el suelo y las mantas colgando hacia la alfombra.

De pronto fijó su atención en unas manchas rojizas que destacaban sobre el blanco de la almohada.

Se acercó a la prenda y la examinó de cerca.

Era sangre. Coagulada, pero sin haberse secado aún del todo.

Sintió una súbita alarma. Se preguntó si Essie habría recibido la visita de algún otro hampón, si habría sufrido algún percance serio.

Salió al *hall*.

De pronto sintió unos tenues ruidos en el lavabo. Como un suave

deslizarse de algo. También un leve chapoteo.

Se alertó.

En sus largos años al servicio de la ley había visto personas ahogadas en la bañera por una mano criminal. Una muerte que no dejaba huella alguna.

Atravesó el *hall* de dos zancadas y abrió de golpe la puerta del lavabo.

Una extraña conmoción recorrió su cuerpo de pies a cabeza. Una sensación muy grata, que ponía un cosquilleo especial en su piel.

Essie acababa de salir de la bañera y trataba de alcanzar la toalla grande colgada de la barra que atravesaba el cuarto a cierta altura.

Se inmovilizó al sentir la entrada de Robín en el cuarto.

La mirada del inspector recorrió golosa el cuerpo de la muchacha de pies a cabeza, deteniéndose con especial deleite en las partes más destacadas de su sexo.

Sin saber por qué, Robin pensó en la primera pareja en el Paraíso, antes de que fuesen expulsados de allí por su pecado. Porque Essie llevaba a su mente la imagen de una Eva encantadora, en vísperas de utilizar el primer vestido de la mujer a base de hojas de parra.

Essie salió entonces al fin de su estupor. Entonces tomó la toalla con febriles movimientos y se cubrió rápidamente toda la parte delante de su cuerpo, dejando únicamente las piernas y retazos de sus caderas al descubierto.

Pero fue lo mismo.

Robin continuó mirándola extasiado, con la imagen anterior en sus retinas. Seguía viéndola en su imaginación tal y como estaba antes de conseguir tomar la toalla.

—¡Vamos! —exclamó ella—. No se quede ahí como un pasmarote. Salga de aquí.

Robín reaccionó al fin. Musitó unas frases torpes de disculpa y se apresuró a abandonar el lavabo.

Fue al aparador y se sirvió una generosa ración de *whisky*.

Lo estaba necesitando.

Essie salió unos minutos más tarde, con una bata echada sobre sus hombros. Una bata de un tejido vaporoso.

—Le ruego que acepte mis disculpas, Essie —pronunció—.

Confieso que esta vez me he alarmado sin motivo alguno.

—¿Alarmado?

—Exacto. Vi manchas de sangre en la almohada. Pensé lo peor. Y al oír el ruido en el lavabo... Bueno. Creo que usted debe entender lo que quiero decirle.

Ella avanzó hasta el diván. Luego fue en busca de otro vaso y se sirvió a su vez un poco de *whisky*.

Bebió unos sorbos, mirando al inspector con fijeza, para acabar esbozando una tenue sonrisa.

—Acepto sus disculpas, desde luego. Pero me gustaría darle un buen consejo.

—Hágalo.

—Llame a las puertas antes de entrar.

—Le prometo hacerlo de ahora en adelante. Aunque yo también podría darle un consejo al respecto.

—¿Cómo cuál? —preguntó ella.

—Cierre bien las puertas cuando piense desnudarse detrás de ellas.

—También tiene razón, Robín. ¿Sabe? Ha sido bochornoso para mí.

—Lo entiendo, Essie. Aunque debo confesarle que a mí me ha gustado. Es usted una mujer deliciosa.

Essie sonrió ahora abiertamente. Halagada su coquetería innata de mujer por las palabras del inspector.

—Tenga cuidado, Robín. A ese paso va a hacerse papilla, como insinuó antes. Y yo no seré directamente la culpable.

Se acercó a ella.

Le quitó el vaso de la mano y lo dejó sobre la mesa. Luego le rodeó la cintura con su brazo diestro y la atrajo hacia sí con lentos movimientos.

Essie lo dejó hacer, sin oponer la menor resistencia.

Apenas había unido sus labios a los de la joven, cuando repiqueteó el timbre del teléfono.

Robín separóse de la mujer refunfuñando una maldición en voz baja.

—¿Quién será el imbécil? Parece tener el don de la oportunidad.

Tomó el aparato para inquirir:

—¿Hola? Aquí el inspector Skeel.

Escuchó atentamente durante breves momentos, antes de responder:

—De acuerdo.

Dejó el aparato seguidamente sobre su horquilla.

—Era la oficina del *sheriff* —dijo—. Su padre acaba de llegar. Viene para aquí.

La joven desapareció en el dormitorio, para aparecer unos minutos más tarde, vestida con un sencillo traje de calle.

En seguida llamaron a la puerta.

Robin conocía ya al abogado Winden. Empezó su carrera de abogado como defensor criminalista. Eso le había dado un buen conocimiento del submundo del hampa. Y un criterio especial acerca de su carrera.

Luego había desviado su rumbo de súbito, dedicándose a gestionar todas las cuestiones legales de algunas empresas. Finalmente, había sido nombrado jefe de los servicios de propaganda del candidato al Gobierno de California, Archibald Rotter. Un hombre que se había izado en la vida a fuerza de puños.

Archibald contaba con el apoyo de todas las clases más humildes del Estado. En particular de aquellos desheredados que eran los negros y los hispanoamericanos.

Su rival, el viejo Duff, antiguo hombre de negocios, era una especie de león rugiente. Habitado a imponer su criterio mediante el clásico caciquismo politiqueril habitual en la Unión, miraba por encima del hombro a su rival en las urnas, a quien consideraba inferior por el hecho de su humilde procedencia.

Duff media a los hombres por su fortuna. De forma que menospreciaba a todos los desheredados de la misma.

Winden besó a su hija Essie en la mejilla. A continuación dejó sobre la mesita su portafolios negro y se volvió al inspector para preguntarle en tono perentorio:

—¿Qué ha conseguido averiguar, inspector?

—Muchas cosas y ninguna al mismo tiempo. He perdido algunas pistas. Las mejores. De forma que sólo puedo adelantarle que alguien sedujo a su hija y le inyectó drogas. La dosis resultó demasiado fuerte y abandonaron su cadáver, confiando en que se creyese que se trataba de un accidente motivado por ella misma. El hombre que llevó su cadáver hasta el lugar donde fue encontrado

ha muerto. Lo han asesinado. De forma que sólo queda una pista. Pero tan débil, que no imagino cómo ha de hacerse para poder seguirla.

Lo miró de frente.

Era bajo y bastante delgado. Más bien enclenque. De forma que resultaba difícil imaginar que dos muchachas como Loretta y Essie pudiesen llevar su misma sangre. Ninguna de las dos tenía con Winden la menor semejanza.

—¿Qué clase de pista es ésta, inspector?

—Un hombre llamado Nick. Nada más que eso. Es todo cuanto sabemos de él.

Rechinaron los dientes del abogado al tiempo que oprimía los puños y enrojecía su rostro.

—Conque Nick, ¿eh? —barbotó—. Ya sé de quién se trata entonces.

Robin lo miró con fijeza. Con redoblado interés.

—¿Quién es, Winden? —inquirió.

—Nick Duff. El hijo del rival de Archibald Rotter para la gobernación del Estado de California. No ha podido ser otro. Ese marrullero... Quiere las riendas del poder a toda costa.

Se frunció la frente del inspector en diminutas arrugas.

No entendía aquello que Winden quería dar a entender. Parecía significar que las cuestiones de política tomaban cartas en el asunto.

—¿Está seguro de lo que dice, Winden? —pronunció.

—Claro —fue la rápida respuesta—. Duff es un mal rival. Y Archibald ha propugnado una campaña para terminar la corrupción y el vicio en el Estado. Eso le duele. Tiene aliados de esa clase.

—No lo entiendo, Winden —insistió Robín Skeel—. ¿Qué ventajas pueden derivarse para Duff haciendo esto con Loretta?

—Una cosa muy sencilla, inspector. Impedir que yo pueda derribarlo por los suelos.

—¿De qué manera puede derribarlo por los suelos? Que yo sepa, la campaña electoral se presenta muy competida. Se especula mucho entre ambos candidatos. La burguesía se inclina por Duff y los trabajadores por Archibald. Dígame cómo podría hacer eso.

Winden se puso serio de repente. Su rostro adquirió una expresión que Robín conocía bien.

Era la expresión del hombre que ha dado un patinazo y lo

advierde a tiempo. Un hombre que ha dicho más de lo que le conviene y ya no quiere seguir adelante.

Lo había visto en muchos delincuentes durante sus interrogatorios hábilmente llevados.

Oprimió los labios en un claro gesto de obstinación. Dando a entender que no pensaba decir nada más acerca de aquello.

Pero Robin no podía darse por vencido.

—¿Conoce algo sucio acerca de Duff? —le preguntó.

Winden hizo un gesto ambiguo con la diestra antes de responder:

—Es asunto personal, inspector. Completamente personal. Olvídelo.

Se volvió a su hija, para decirle:

—Vienes ahora conmigo. He alquilado habitaciones para los dos en el Monterrey Hotel.

—De acuerdo, Winden —concedió Skeel—. Pero cuide de ella.

La joven recogió su sencillo equipaje y unos momentos más tarde abandonaba el apartamento tras un gesto de despedida para Robin.

El inspector reflexionó acerca de aquello.

Embrollado. Y sucio.

Se retiró a descansar, levantándose tarde al día siguiente.

Pasó el resto de la mañana realizando unas investigaciones rutinarias. Y a media tarde regresó a su apartamento para cambiarse de ropa.

Se alertó al darse cuenta que la puerta se abría con sólo girar la manecilla. Porque recordaba perfectamente haber echado la llave.

Deslizó la diestra hacia la culata de la pistola que portaba en la funda axilar y abrió de un empujón, avanzando con rapidez hasta el *hall*.

Se detuvo allí, acariciándose el mentón y sintiéndose algo corrido al ver la sonrisa con que lo acogía Essie Winden, que se hallaba cómodamente instalada en uno de los sillones, ante un vaso de *whisky*.

—Hola, inspector —saludó—. ¿Siempre entra así a todos los sitios?

—No emplee la ironía, Essie. No le va bien. Había cerrado con llave.

—¡Ya! Y el hombre precavido y siempre alerta ha querido sorprender a quienes podían tratar de sorprenderlo.

—Exacto —sonrió a su vez—. Y créame que es un buen sistema.

—Bien —adujo ella—. Tenía una llave suya. La tomé casi sin darme cuenta. Eso me ha impelido a venir aquí en lugar de llamarle por teléfono. Porque ha ocurrido algo.

—¿Cómo qué, Essie?

—Hace escasamente una hora he recibido una llamada telefónica. ¿Adivina de quién?

—Prefiero que me lo diga usted. De vez en cuando es bueno dar un descanso al cerebro.

—De Nick.

—¿Nick y qué más? —inquirió.

—No me lo ha dicho. Me ha pedido que no me ponga en contacto con nadie. Añadiendo que quizá sabía algo de él.

—¿Qué le ha respondido a eso?

—Que lo ignoraba todo. Sólo que Loretta acudió a una cita con un joven muy apuesto llamado Nick. Nada más. Entonces me ha dado una cita para esta tarde. A las nueve en el «Mexican Club». Quiere hablar conmigo a propósito de esto. Me ha dicho que se separó de Loretta pronto. Y luego supo lo ocurrido por el periódico. Lo sentía mucho y quería establecer bien las cosas conmigo. Con nadie más. Porque todos los demás le tienen sin cuidado. Estoy transcribiendo fielmente sus palabras. Y debo añadir que su tono parecía compungido.

Robin paseó por la estancia.

—Parece una trampa. Y debe serlo. Una trampa parecida a la que cayó Loretta. Aunque quizá ahora el peligro sea menor.

—¿Por qué?

—Porque la muerte de Loretta fue accidental. Ellos no querían matarla. Pero buscaban algo con ella y las drogas. Algo sucio, que no acierto aún a explicarme, pero que me parece guarda una estrecha relación con lo que su padre nos dijo acerca del contrincante de Archibald Rotter.

Acudió a sentarse junto a ella para preguntarle:

—¿Qué pensaba hacer?

—Me gustaría ir si eso puede servir para aclarar algo este asunto. Me gustaría que pagase su crimen el hombre que hizo eso

con mi hermana Loretta. Pero he venido aquí para eso, para que usted decida lo que se ha de hacer.

Robín hizo un gesto de asentimiento.

—Bien pensado, Essie. Yo también creo que debe ir. Seguirle la corriente a quien sea. Yo la seguiré a distancia. Sin dejarme ver. No debe inquietarse.

—De acuerdo, Robín. Haré eso que dice. Y ojalá tengamos suerte ambos.

—¿Cuándo se va su padre a San Francisco?

—No partirá antes de la medianoche. O quizá espere a mañana.

—Bien.

Se miraron con intensidad.

Robin rememoró la escena del cuarto de baño, que había quedado grabada de un modo indeleble en su cerebro. Y se dio cuenta que no le era indiferente a Essie.

Todo aquello podía terminar en nada, en un recuerdo de una ilusión que no había fructificado. Pero merecía la pena empezarlo.

La atrajo hacia sí.

—Espero que no venga a interrumpirnos ningún inoportuno.

La besó.

La diestra del inspector se apoyó de una manera instintiva un poco más arriba de la rodilla de la joven, que quedaba al descubierto.

Entonces ella separóse de él y se puso con rapidez en pie, sonriendo maliciosamente.

—No se derrita aún, Robín. Ya tendrá tiempo de convertirse en papilla. Y no olvide la hora de la cita.

Salió seguidamente, con un gracioso ademán de despedida.

Robin acudió a la cita puntual, estacionándose a cierta distancia del popular «Mexican Club».

Atisbo desde el baquet, sabiendo ya que Essie se hallaba en el interior. Un momento antes habíanse telefoneado.

No tuvo que esperar mucho.

La noche cerraba ya y se encendían los letreros luminosos, que ponían una nota de colorido especial a lo largo de la American Avenue, una de las arterias más populosas de Monterrey.

Essie salió en compañía de un hombre alto y atlético, de facciones muy atractivas para el sexo opuesto. La clase de hombre

por el que las mujeres sienten en principio un fuerte atractivo biológico.

Pero Robin apenas necesitó verlo y estudiar sus ademanes para conocerlo más a fondo:

Aquel tipo era un hampón. Los «olfateaba» a distancia. Quizá a Essie le estuviese pareciendo un joven de carácter, de acusada personalidad. Pero era un simple matón en el fondo, con ademanes hasta cierto punto afeminados. Lo que, llegado su momento, no restaba un ápice a su natural crueldad.

Subieron a un coupé deportivo pintado de rojo y emprendieron la marcha.

Robín los fue siguiendo a distancia. Dejando en todo momento que otros coches se interpusieran entre ambos, de forma que aquel hampón no se aperciese de que iba rodando tras de sus huellas.

Dejaron atrás la ciudad, enfilando una carretera bastante deteriorada, que conducía rectamente a una zona poblada de granjas, ranchos y casas de recreo pertenecientes a las clases pudientes de California.

El clima era allí espléndido y con un buen coche el mar estaba al alcance de la mano.

Robín dejó que aumentasen la distancia al percatarse de que ningún otro vehículo rodaba por aquella carretera más aislada.

Al coronar la cima de una pronunciada elevación se dio cuenta de que el coche deportivo habíase detenido ante una casa de dos plantas rodeada por un parque amplio, que cerraba una alta tapia.

En ese momento debían haber abierto la entrada de la tapia y el coche se adentraba lentamente por el parque.

Siguió adelante.

Cruzó ante la mansión y continuó su camino al mismo ritmo de marcha, hasta doblar el primer recodo, que la ocultaba a su mirada.

Orilló entonces el vehículo y aplicó los frenos, cortando el encendido.

Apagó los faros y caminó hacia la mansión, abandonando el camino.

Se acercó a una de las partes laterales de la tapia, examinándola a la pálida claridad de la luna.

Ofrecía buenas oportunidades para la escalada, que Robín aprovechó con felina agilidad.

Sentóse a horcajadas en su parte superior y atisbo abajo.

Brillaban algunas luces en las ventanas de la planta baja. Pero todo permanecía sumido en el silencio. No llegó a sus oídos el menor rumor, el más leve ruido.

Detrás de la casa había un amplio cenador de hierro, en forma de cúpula, cubierta por tupidas enredaderas. Y más allá una piscina con trampolín.

Saltó abajo, cerca de un copudo árbol.

Permaneció inmóvil durante un largo rato, hasta comprobar que nadie parecía haber advertido su presencia, que no se producía la menor señal de alarma.

Empezó entonces a caminar con sigilo hacia la casa, que tenía una salida posterior.

Estaba cruzando junto a otro de aquellos árboles que sombreaban el parque cuando sintió un ruido muy suave a sus espaldas.

Fue a volverse, alertado. Pero no tuvo tiempo para hacerlo. Algo extremadamente duro se abatió sobre su cabeza y cayó al suelo, sumido en la inconsciencia.

CAPÍTULO V

ROBIN empezó a volver en sí lentamente.

Llevó su mano a la cabeza, a la parte donde había recibido el golpe.

Le dolía. Y se palpó un hematoma abultado y un pequeño plastón de sangre seca sobre el pelo.

Al moverse le asaltaron unas leves náuseas. Y poco a poco fue recobrando la noción de las cosas.

Después del porrazo le habían aplicado un anestésico. Conque debía haber dormido bastante tiempo.

Sentóse en el suelo, sobre el que se hallaba tendido, mirando en torno a él para hacerse una composición de lugar.

Estaba en un sótano de paredes de cemento, muy profundo, con una reducida ventanilla casi en su parte superior, a ras del suelo del parque que rodeaba aquella mansión.

En otros tiempos debía haber servido de bodega. Lo evidenciaban así las tres destartaladas cubas apiladas junto a la pared del fondo y las cajas conteniendo unas cuantas botellas vacías y cubiertas de polvo.

Una pequeña bombilla que pendía del techo de un largo cable permitía distinguir con bastante claridad todas las cosas en un amplio círculo, aunque los rincones más alejados quedaban sumidos en la oscuridad.

Envaróse su cuerpo al sentir unos leves roces que provenían del otro lado de las pilas de cajas de embalaje.

Se levantó lentamente, sintiendo una extraña flaccidez en todos sus músculos, un enorme cansancio.

Avanzó con un esfuerzo, comprendiendo que aquello era el efecto del anestésico, que cedería paso a paso.

Dejó escapar un silbido significativo al descubrir el objeto de los ruidos.

Essie Winden estaba allí, sobre el duro suelo de cemento, agitándose levemente.

Llevaba puesto un bikini reducido a su mínima expresión. Y un poco más allá se hallaban sus ropas, amontonadas en el suelo.

La joven estaba volviendo en sí, despertaba ya de su letargo producido por la administración de alguna droga.

Se arrodilló junto a ella y le apoyó la cabeza en su regazo.

Essie volvió a agitarse y a gemir sordamente. Luego abrió los ojos.

Tardó un rato en reconocer a Robín y entender sus palabras de aliento.

—Robín —exclamó al fin, al abrirse paso las ideas en su mente.

—El mismo.

La ayudó a ponerse en pie para hacerla caminar y que recuperase poco a poco sus fuerzas.

Pero Essie se le abrazó, oprimiéndose contra él, buscando una protección que anhelaba en lo más profundo de su ser ante aquella situación anómala.

Robin la acarició.

Por unos momentos se olvidó del porrazo, del dolor y de todo lo demás para no pensar más que en la situación que estaba viviendo junto a aquella mujer estupenda.

Una especial compensación de los malos ratos que surgían en el desempeño de sus funciones.

—¿Cómo te encuentras, Essie? —La tuteó.

—Mareada. Tengo la impresión de que mi cabeza se ha quedado vacía.

—Te han dado alguna droga. Esa sensación pasará pronto.

Ella apoyó con especial deleite su mejilla en el recio pecho del inspector federal, musitando:

—No me explico cómo hay personas que buscan un placer en estas drogas. Es peor el remedio que la enfermedad.

—Sí, tienes razón —adujo él—. Los jóvenes se consideran así como dueños de una mayor libertad. Creen desarrollar mejor su personalidad tomando estas porquerías. Hay cabezas que sólo sirven para llevar un sombrero. Y por añadidura, se ha pasado ya la época

del sombreroismo. De forma que sus cabezas no les sirven para nada, más que para dejarse las melenas.

Hizo una breve pausa, inquiriendo a continuación:

—¿Qué pasó cuando llegaste, Essie?

—Bueno. Tengo recuerdos muy confusos. Había un hombre en la casa cuando llegamos. Mi acompañante dijo que nos sentaría bien un baño en la piscina. Añadió en voz baja que allí hablaríamos con mayor intimidad. Recordé que mi hermana Loretta fue encontrada con un bañador. Y pensé que nos ayudaría a encontrar mejor las cosas si le seguía la corriente.

—Bien pensado, Essie.

—Me cambié en una habitación que me indicó. Había varios bikinis. Y escogí éste.

—Muy mono, Essie. Te sienta de maravilla. Aunque tengo la impresión de que la hoja de parra que empleó Eva en el Paraíso le tapaba bastante más.

—No seas sarcástico, Robín.

—De acuerdo. Adelante. ¿Qué pasó después?

—Cuando salí, mi acompañante me estaba esperando. Se mostró muy amable. Y de pronto me retuvo contra la pared y sentí como un pinchazo en mi brazo izquierdo. Ahí terminan mis ideas, mis recuerdos. Aunque...

—¿Qué? Piensa detenidamente en ello, Essie. ¿Sabes? Un delincuente me dijo una vez que los policías éramos como los chatarreros. A cualquier cosa, por insignificante que parezca, le sacamos algún provecho.

—Bien —agregó ella—. Tengo la impresión de sentir a un hombre a mi lado. Creo que era el que me acompañó hasta aquí, pero no puedo asegurarlo. Sentía un sueño invencible. Alguien hablaba. Y me cegaban unos fogonazos. Como si una tormenta se hubiese desatado y los relámpagos estallasen ante mis ojos.

—El cielo ha estado muy despejado, cariño. No había tormenta. Pero tú veías fogonazos. Muy interesante.

—¿Crees que mi cabeza no funciona bien? —inquirió ella con cierta tirantez.

—En absoluto, Essie. Tienes una de las cabezas mejor asentadas sobre los hombros que he conocido. Trato de adivinar de qué se trataba. Porque eso tiene mucho interés. Y cuando sepamos qué

producía esos fogonazos, habremos dado un paso de gigante.

Essie separóse un tanto del inspector, pasándose la mano por la frente.

—Empiezo a sentirme mejor, Robín. Aunque tengo la sensación de cansancio aún en mi cuerpo.

—Bueno. Es efecto de la droga. Ese cansancio es fácil de comprender que no puede obedecer al peso de la ropa que llevas encima. ¿Sabes, Essie? Las mujeres sois unos seres muy extraños.

—¿Por qué?

—Porque os ruborizáis cuando alguien puede sorprenderos con vuestras prendas más íntimas. Y luego no tenéis inconveniente en exhibiros con estos bikinis, que son mucho más reducidos.

—No sé responderte, Robin. Pero también me gustaría hacerte algunas preguntas acerca de las rarezas de los hombres.

Robin carraspeó. Luego le señaló las ropas, cortando la conversación.

—Será mejor que te pongas eso. Aunque debo decirte que me gustas mucho más con el bikini. Pero no quiero que me hagas papilla antes de tiempo. Tenemos que salir de aquí. Antes que sea demasiado tarde.

El cuerpo de la joven se sacudió en un leve espasmo de temor:

—¿Crees que van a matarnos?

—Me inclino a suponer que no harán eso contigo. No acabo de entender aún la clase de juego que llevan entre manos. Es complicado. No quisieron matar a Loretta. Su muerte les estropeó el plan. Por eso han tratado de repetirlo contigo. Eso me hace suponer que les interesas viva. Lo más seguro es que piensen volver a drogarte con cuidado y a dejarte en una playa cualquiera. Pero conmigo...

—¿Qué pasará contigo? —preguntó ella con ansiedad.

—Ha debido sorprenderles mi presencia aquí. Y eso les habrá impulsado a consultar el problema con el jefe, con el tipo que dirige todo este cotarro. Conque lo más seguro es que decida hacerme desaparecer sin dejar rastro. Nos llevará juntos. A ti te dejarán en la orilla. Y a mí me hundirán mar adentro. Eso si las cosas son como sospecho.

—¿Y cómo sospechas que son?

Pero Robín hizo un gesto ambiguo con la diestra antes de

responder:

—Es un poco largo de explicar. Espero poder complacerte pronto. Si la suerte nos es propicia.

Miró por última vez a Essie antes que la falda que se estaba poniendo cubriese sus rosadas carnes. Luego avanzó hasta la puerta, que se abría a bastante altura, en un rellano en el que terminaban los escalones de cemento que morían en el fondo del sótano.

Examinó la cerradura.

Mientras lo hacía, Essie acudió junto a él, terminando de abotonarse la sencilla blusa.

—Difícil —comentó el inspector—. Me han vaciado los bolsillos. Se han quedado mi pistola y el juego de llaves maestras.

Volvió a descender los escalones y buscó febrilmente por el suelo.

Al fin tomó entre sus manos un alambre oxidado, que debía haber servido para oprimir alguna de aquellas cajas de botellas de licor.

La dobló y formó un pequeño gancho, aprovechando la cerrada vuelta del alambre.

Durante unos minutos manipuló con tiento en la cerradura. Hasta que, en una de las intentonas, los resortes se movieron con suavidad y el pestillo se internó en el interior de la caja.

Estaba abierta.

Essie soltó a chorro el aire que había estado reteniendo en sus pulmones.

—¡Vaya! —exclamó—. Eres un hombre de recursos, Robín. Menos mal que no te ha dado por meterte a ladrón. Hubieses sido el terror de los ciudadanos honrados.

Robín abrió con sigilo, asomando la cabeza.

Allí terminaba un corredor, que se bifurcaba unas yardas más allá hacia la derecha, internándose en la vivienda.

El pasillo estaba desierto y oscuro, aunque llegaba un leve reflejo de la prolongación, donde había una bombilla.

Tomó la mano de la joven y caminaron hacia la esquina.

Estaban a punto de alcanzarla cuando percibieron unos pasos al otro lado de la bifurcación. Y en seguida se proyectó una sombra alargada contra la esquina.

Robín hizo una señal a su compañera para que se mantuviese

dentro del mayor silencio. Luego se pegaron a la pared, junto a la misma esquina, acechando al hombre que llegaba.

Éste apareció de súbito ante ellos.

Un hombre de edad madura, de estatura media, algo achaparrado. Vestido con ropas corrientes.

Robin le golpeó en la nuca con el canto de la mano, cuando ya los había divisado y trataba de retroceder unos pasos para actuar a su vez.

Un golpe suficiente para derribarlo, pero sin la necesaria contundencia para privarlo del uso de los sentidos.

El hombre se revolvió en el suelo, gimiendo y acariciándose, la parte donde la mano del inspector había golpeado.

Éste lo tomó por un brazo y lo obligó a ponerse en pie.

A continuación le arrebató la pistola que portaba en su funda axilar y le apoyó el cañón en las costillas, haciéndole caminar hacia el final del pasillo.

Llegaron a una amplia cocina, junto a la cual había dos enormes despensas y una cámara frigorífica.

Sobre la mesa de la cocina estaban todos los objetos pertenecientes a Robín Skeel.

La pistola, la linterna, el juego de llaves maestras, la cartera...

Guardó todas las cosas en sus bolsillos y se volvió a su prisionero, que parecía haberse repuesto del golpe recibido, dominado ahora por una intensa preocupación.

—¿De quién es todo esto? —preguntó Robín—. ¿Quién es el dueño de esta mansión?

—Yo. Todos los documentos están en regla.

—No lo dudo. Pero hay otro dueño. Usted sólo es un títere, un hombre de paja puesto como tapadera para cubrir a otro, que no quiere comprometerse ante los demás.

El otro oprimió los labios con un gesto de obstinación. Luego espetó:

—Está usted loco. No sé de qué está hablando.

—Eso lo aclararemos pronto, amigo. Ya lo verá.

—No diré nada. Nada, ¿comprende? Sólo hablaré en presencia de mi abogado. La Ley me protege en eso.

—Claro —sonrió el inspector—. Conozco esa ley. Pero antes de que llegue su abogado picapleitos, usted y yo habremos charlado

largo y tendido.

Lo empujó con la pistola.

—Camine.

Llegaron al *hall*, amueblado con un lujo excesivo.

Robin tomó el teléfono instalado sobre la mesita. Lo retuvo junto a su mejilla, hasta cerciorarse de que no hacía señal alguna.

—No funciona —comentó.

—Hay una avería —repuso el hombre.

—Vamos a la piscina —ordenó el inspector.

Salieron afuera, comprobando que la enorme puerta de entrada al parque estaba abierta de par en par.

—¿Dónde está el individuo que trajo aquí a Essie? —inquirió Robin.

El otro se encogió de hombros con un gesto despectivo.

—Se largó.

La luna se reflejaba en las limpias aguas de la piscina, adquiriendo extrañas formas al ser agitada la superficie de las aguas por la suave brisa que llegaba de la costa cercana.

Robin sacó su potente foco eléctrico y fue paseando el haz de luz por el suelo, cerca del borde de la pileta.

Todo estaba allí inmaculadamente limpio, como recién barrido. Por eso llamó su atención la pequeña tira de papel que se hallaba entre el recortado césped, junto al borde del cemento.

Lo tomó.

Era un precinto de cello adhesivo, con membrete.

Robin leyó las letras impresas en el material plástico.

«Photo American. Monterrey»

Abombó su carrillo diestro con la punta de la lengua mientras su mente trabajaba intensamente.

Aquel membrete había servido de precinto, por su forma, a una cajita de cartón que contenía un carrito de placas para una cámara fotográfica. Un carrito adquirido en Photo American, en la misma ciudad.

Aquel carrito había sido utilizado allí mismo, esa misma noche.

Eso parecía explicar aquellos extraños fogonazos descritos por Essie durante el efecto de la droga. Los fogonazos del *flash* al disparar las placas junto a la piscina, donde no había la luz

suficiente para prescindir de ello.

Lo guardó en un bolsillo y señaló la salida del parque.

—Andando. Vamos en busca de mi coche.

—¿Has descubierto algo, Robín? —susurró ella, que habíase percatado del interés del inspector por aquel trozo de cello.

—Creo que sí. Pronto lo sabré.

Estaban alcanzando la balaustrada que adornaba los regios escalones que comunicaban el parque con la entrada de la mansión, cuando sintieron la llegada de un vehículo lanzado a gran velocidad.

Se enarcaron las cejas del inspector federal.

De pronto tomó una decisión. Obligó a sus dos acompañantes a ascender con rapidez los escalones y detenerse junto a la entrada.

El coche acortó la velocidad al recorrer las últimas veinte yardas que lo separaban de la abierta entrada del parque.

Luego maniobró, girando para enfilar el hueco y adentrarse en el recinto tapiado.

La potente luz de los faros dio de lleno sobre los tres personajes situados arriba, cegándolos momentáneamente.

Robín tuvo una clara idea de lo que iba a suceder a continuación.

Los hombres que iban en aquel coche eran enviados por el jefe de aquella organización para solucionar el problema creado para ellos por la presencia inesperada allí de un policía federal. Conque era fácil adivinar cómo iban a reaccionar aquellos hombres.

El inspector engarfió su mano en el brazo de la joven y la atrajo hacia el interior del vano, gritando un aviso para el prisionero:

—¡Adentro! ¡Van a disparar contra nosotros!

Las armas empezaron a bramar antes que completase su última frase.

Los disparos partían de ambos costados del vehículo. Los dos hampones que lo tripulaban disparaban desde sus respectivas ventanillas, tratando de hacer blanco en el policía federal.

El prisionero de Robín lanzó una voz de aviso y empezó a correr hacia el coche.

Los acontecimientos se sucedieron con un dinamismo desconcertante.

Las balas quebraron dos cristales de la puerta. Se incrustaron en

el marco con erizantes silbidos, sin encontrar su objetivo.

Varios plomos mordieron carne en el pecho del hombre, cuando estaba a punto de alcanzar el primer peldaño, al interponerse de súbito en el camino de las balas, que buscaban insistentemente el cuerpo de Robin Skeel.

Lanzó un desgarrador aullido, abriendo los brazos desmesuradamente. A continuación, lanzado por la fuerza de la inercia, su cuerpo se precipitó escalones abajo, rebotando en ellos de una manera trágica, como un muñeco desarticulado, dejando tras de sí grandes manchas de sangre.

Robin se parapetó al otro lado del marco, pegándose a la pared.

Sintió las trémulas manos de Essie oprimiéndole el brazo con nerviosismo.

Todo aquello estaba resultando una experiencia demasiado fuerte para ella. Estaba acostumbrada a una vida tranquila de sociedad, sin grandes problemas ni complicaciones.

Y de pronto todo se agitaba a su alrededor. La muerte inesperada de su hermana Loretta, su cita con aquel tipo, las drogas y ahora los disparos.

Robín apretó a su vez el gatillo de su pistola.

Pero los faros continuaban deslumbrándolo y apenas podía fijar la puntería a causa de la luz que hería sus retinas.

Trató de alcanzar los faros con sus plomos.

Las balas repiquetearon en las partes metálicas de la carrocería, saliendo rebotadas con erizantes maullidos. Otras atravesaron la delgada chapa de hierro, arañando el motor.

De pronto acertó en el faro izquierdo.

Sonó un chasquido de cristales al fragmentarse y se apagó la potente luz.

Entonces el hombre sentado en el baquet dejó de disparar para poder maniobrar con el coche.

Dio marcha atrás, abandonando el parque. Luego giró el volante con gran habilidad, cambió la transmisión y se alejó a toda la velocidad que podía desarrollar el motor.

Robín salió afuera entonces, inclinándose sobre el cuerpo del hombre que había acusado los impactos.

Estaba muerto.

Essie hundió el rostro entre sus manos, impresionada por la

visión que ofrecía aquel cuerpo ensangrentado.

—Trata de dominarte, Essie —le susurró el inspector en tono persuasivo—. Lo conseguirás a poco que te lo propongas. Esa impresión pasará pronto.

Dejaron atrás el parque, caminando por la carretera, hasta llegar al lugar donde Robin había dejado su coche.

Estaba allí. Nadie se había molestado en buscarlo.

Robin enfiló la carretera para emprender el camino de retomo a Monterrey.

—¿Adónde vamos ahora, Robin? —inquirió ella, mirándolo de soslayo.

—Al estudio American de fotografía. Quiero cerciorarme de un detalle, que puede ser vital en este asqueroso asunto. Tu reputación va a ser puesta en entredicho si fracaso ahora. Y después de lo ocurrido creo que es como una carrera contra reloj.

La joven reflexionó en las últimas palabras de su compañero. Y sintióse extrañamente halagada, satisfecha de ellas.

Toda su atención habíase centrado en una de sus frases. Una frase que la atañía de un modo muy directo.

Se inclinó sobre él, apoyándole el brazo familiarmente en el hombro.

—¿De veras te interesa tanto mi reputación, Robín? Me has emocionado con tus palabras.

—Tu reputación me interesa mucho más de lo que pueda parecerte. Haría esto por la reputación de cualquier mujer que lo mereciese. Pero quiero confesarte que tú lo mereces de un modo especial para mí.

Ella se empinó en el asiento y le besó suavemente en la mejilla.

—Eres un ángel, Robín.

—No me confundas y escucha bien ahora, Essie. Me faltan las alas para ser un ángel. Estoy en la tierra y siento como un hombre. Será mejor que dejes de acariciarme. Esas cosquillas pueden conseguir que nos hagamos papilla los dos contra un árbol. Lo que es mucho peor que hacerse papilla como te he dicho en otras ocasiones.

Enfilaron al fin la South Street, torciendo por la Gold Avenue y la River Street, para alcanzar la Spain Park.

Aquella parte de la ciudad era una de las más animadas durante

las horas diurnas a causa de los numerosos comercios que contenía. Pero por la noche la gente se desviaba hacia otros lugares, en busca de clubs y salas de fiesta.

Frenó frente al escaparate de una tienda, en cuyo frontispicio había un enorme letrero luminoso, de cambiantes colores, con las letras en sentido vertical, que rezaba:

«Photo American».

Se apearon, acercándose a la puerta.

El escaparate era pequeño y aislado del interior. Repleto de cámaras, materiales fotográficos y otros objetos similares.

Una gruesa cortina cubría la puerta por adentro. Pero podía verse brillar una luz en su interior a través de los intersticios.

Robin pulsó el botón.

Repitió con insistencia la llamada. Y al fin sintió unos pasos, que se dirigían a la puerta.

Un momento después se abrió ésta y se encontraron frente a un hombre relativamente joven, en mangas de camisa, que los envolvió con una mirada de reproche.

CAPÍTULO VI

-¿**Q**UE diablos quieren a estas horas? —Gruñó— es hora de trabajo. Si han bebido demasiado...

Robin lo empujó hacia atrás. A continuación le mostró su carnet.

—Tengo que hablar con usted, amigo.

—¿Acerca de qué, inspector? No tengo cuentas con la ley.

—Eso seré yo quien lo determine. ¿Puedo ver su cuarto oscuro?

Desde el primer momento, Robín habíase dado cuenta de que la mirada del fotógrafo no se apartaba un solo instante de Essie. Una mirada en la que se reflejaba el temor. Temor a ser reconocido, a que la joven pudiese acusarlo de algo.

Eso lo inducía a sospechar que aquel hombre había tomado parte directa en el complot contra Essie.

En un principio cabía la duda de si aquel carrete de placas había sido comprado en su establecimiento por otro hombre, para usarlo lejos de allí y de la mirada del fotógrafo profesional.

Pero ahora estaba seguro que aquellas fotografías habían sido disparadas por el dueño de Photo American directamente.

—No me explico qué puede esperar encontrar en el laboratorio, inspector —pronunció con voz trémula—. Todo es normal en él. Tengo que entregar unas fotos mañana a unas personas que se ausentan de Monterrey y ése es el motivo de que esté trabajando a estas horas.

Mentía. Pero el mismo temor le hacía pronunciar aquellas palabras en un tono falso.

—Eso lo comprobaré yo mismo, amigo.

Lo empujó a un lado, caminando hacia la puerta del fondo, sobre la que colgaba un rótulo esmaltado que rezaba:

«Laboratory»

Essie lo siguió.

Apenas habíanse adentrado en la estancia, sumida en una semi penumbra a causa de las luces dirigidas hacia las paredes de forma que no diesen de lleno en las bandejas que contenían los ácidos, cuando sintieron abrirse con violencia la puerta exterior.

Robín se paralizó cerca de la entrada. Atrajo a Essie más hacia el interior del cuarto y volvió a caminar hacia la salida del laboratorio.

Percibió unos secos chasquidos. Unos leves sonidos, que identificó al instante.

Disparos efectuados con una pistola provista de silenciador. Se elevaron los gemidos del fotógrafo al acusar los impactos en la espalda.

Cuando Robín apareció en el vano, el hombre se desplomaba con los brazos abiertos, desorbitados sus ojos y un gesto de supremo terror en sus correctas facciones.

La puerta se cerraba de golpe.

Corrió hacia ella, saltando sobre el cuerpo ensangrentado del fotógrafo, que se convulsionaba en los últimos estertores de la agonía.

Sintió los pasos de Essie a sus espaldas.

La joven, asaltada por el temor, buscaba su proximidad para sentirse más segura, más dueña de sí misma.

Abrió la puerta mientras Essie dejaba escapar una ahogada exclamación y daba un rodeo para soslayar lo más posible el cadáver.

La calle aparecía desierta en toda su extensión. Ni sombra alguna del asesino.

Robín salió afuera, corriendo por la acera, hacia la esquina de la calle que se abría unas yardas más allá.

Se asomó por ella.

Nada tampoco. Aquel tipo parecía haberse esfumado en el aire. Porque todas las puertas más cercanas hallábanse cerradas.

Maldijo sordamente.

—Se ha perdido —masculló, acariciando tenuemente la mano que Essie había apoyado en el brazo—. Ha desaparecido. Debe encontrarse tras de alguna de todas estas puertas. Pero sería inútil tratar de mirar una por una en todas ellas.

—Ha sido horrible, Robín.

—Sí —replicó—. La muerte por violencia es siempre algo horrible. Ese hombre vigilaba al fotógrafo. Sobre todo después de su fracaso para acabar conmigo en la mansión. Bien, volvamos adentro.

Caminaron juntos, penetrando nuevamente en el laboratorio.

Robín accionó el conmutador de la luz, instalada en el marco.

Ya nada importaba que alguna foto se arruinase a causa de la luz, que lo inundó todo. Nadie iba a reclamarle por un mal trabajo al desgraciado fotógrafo.

Fijaron su atención en las fotos que colgaban de un cable que atravesaba la estancia, puestas a secar para completar su elaboración. Y junto a ellas, el carrete con los negativos.

Ocho fotografías hechas en la piscina de la mansión donde Essie había sido conducida. Ahora, después de haber estado allí, les resultaba fácil reconocer el lugar. Ocho fotografas de las que Essie era la figura principal.

En todas ellas aparecía desnuda. Y en las ocho estaba acompañada de un hombre, cuyo rostro no llegaba a verse con claridad en ninguna de ellas.

En una se inclinaba sobre Essie, en actitud de besarla. En otra la retenía entre sus brazos, y así sucesivamente.

Dominada por los efectos de la droga, Essie no había podido impedir aquello.

La mujer chascó la lengua con un gesto de profunda preocupación.

—No me explico esto, Robín.

—Pues la explicación es sencilla, Essie —fue la respuesta del inspector—. Esos granujas esperaban obtener grandes ventajas mediante estas imágenes. Nosotros sabemos cómo han sido realizadas. Pero sería punto menos que imposible convencer a nadie de que han sido hechas por la fuerza. La gente se inclina siempre a creer más en lo malo que en lo bueno. Quizá porque todos se inclinan más hacia el mal, mucho más sencillo que el bien.

—Pero..., ¿qué podían obtener exhibiendo estas fotos?

—Presionar a tu padre.

Lo miró de frente. Con redoblada atención.

—Presionar a mi padre —comentó, añadiendo—. ¿Pero con qué

objeto?

—Para impedirle a él presionar a su vez.

—Pues no lo entiendo.

Robin no le respondió a esta última observación.

Se enfrascó en la tarea de reducir a menudos fragmentos las fotografías y los clichés.

Cuando estuvieron totalmente destruidos, salió afuera y comunicó la muerte del fotógrafo para que se realizasen las investigaciones de rutina.

A continuación empujó a Essie hacia la salida.

—Vamos al hotel en busca de tu padre. Tiene que saber esto y darnos una explicación bien detallada de las cosas. Es posible que esté corriendo un serio peligro.

—¿Mi padre también en peligro? —susurró ella, mientras ocupaba el asiento contiguo al del baquet.

—Sí, Essie. Es posible que traten de eliminarlo al ver que hemos descubierto su juego.

Se envaró el cuerpo de Essie, que se mantuvo silenciosa, absorta en sus pensamientos, mientras Robin conducía a buena velocidad hacia el hotel.

Alcanzaron éste al fin y subieron la escalera, hasta la habitación que la joven le señaló como perteneciente a su padre.

Robin hizo girar la manecilla.

Ésta cedió, evidenciando que no había sido echada la llave.

El inspector tuvo un presentimiento. El siniestro presagio de haber llegado tarde para impedir un nuevo crimen.

Aquellos hombres actuaban con pasmosa celeridad. Lo habían estado demostrando así desde el principio. Con Loretta, con Archer Valen y también con el desgraciado fotógrafo. Ahora no iban a anquilosarse de pronto, cuando más cerca estaban del fracaso en aquel sucio asunto.

Robin apartó a la joven, obligándola a situarse junto a la puerta, pegada a la pared.

—No te muevas de ahí —musitó—. Pase lo que pase.

Abrió la puerta de golpe, saltando hacia adentro.

Mientras lo hacía, su mirada inquisitiva captó todo cuanto estaba sucediendo en el interior de aquella habitación.

Aquel hombre, al que había visto salir en el coupé junto con

Essie camino de la mansión, estaba allí. De pie en el centro del *hall*.

Había encendido la pequeña lámpara de pantalla instalada sobre la mesita y procedía a registrar el portafolios negro del abogado Winden.

Sobre la mesa, junto al portafolios, había una pistola en cuyo cañón habían encajado un tubo silenciador.

El hampón se agitó en un espasmo, conmovido por la sorpresa de verse sorprendido en plena faena.

Empuñó la pistola de un modo instintivo.

Robín, con la rapidez de reflejos habitual en él, se dio cuenta de que nunca podría llegar hasta su contrincante y derribarlo. Una bala cortaría su carrera de intentarlo de ese modo.

Con que se arrojó en plancha al suelo, guareciéndose junto al mueble grande, cuya parte inferior estaba formado como bar y la superior como librería.

El hampón disparó ciegamente contra el dinámico federal, al tiempo que retrocedía hacia el abierto balcón.

Sus balas astillaron la esquina del mueble, silbando muy cerca de la cabeza de Robin Skeel, que asomó su mano armada y disparó a su vez.

El estampido del arma adquirió una resonancia especial en las oquedades de la habitación, aunque no trascendió al exterior a causa de sus paredes amortiguadoras.

Se puso en pie y corrió hacia el balcón al comprender que el otro iba a tratar de escapar por la escalera para incendios.

Cuando llegó, el hampón había ya hecho descender la escalera de hierro que comunicaba con el balcón inferior y se hallaba en la mitad de su recorrido.

Robin le apuntó su pistola, asomándose sobre la barandilla.

—Quieto, amigo —pronunció—. No me obligue a disparar.

El hampón soltó un extraño gemido. A continuación hizo un fuerte movimiento con su cuerpo para adoptar una posición que le permitiese disparar su arma contra Robin, que continuaba empuñando en su diestra durante el descenso.

El inspector se percató de su gesto ofensivo.

Entonces apretó el gatillo, haciendo que la bala silbase muy cerca de él, para intimidarlo.

Su adversario soltó ambas manos al sentir, cómo la bala,

disparada de arriba hacia abajo, pasaba con agudo silbido entre sus abiertos brazos.

Perdió la estabilidad de pronto. Se inclinó peligrosamente hacia atrás.

—Cuidado —le gritó Robin al percatarse de que uno de sus pies perdía también contacto con el escalón compuesto por un grueso tubo de hierro.

Pero su advertencia llegó tarde ya, cuando no tenía remedio. La violencia del gesto del hampón le había hecho soltar ambas manos. Y al resbalar su pie no pudo sujetarse eficazmente.

Cayó de costado cuando ya estaba a punto de apretar el gatillo.

Un grito infrahumano brotó de su garganta mientras se desplomaba en una caída vertiginosa.

El grito, electrizante, murió de súbito en sus manos al producirse el ruido sordo, mate, espeluznante, de su cuerpo estrellándose sobre la acera.

Robín oprimió sus labios hasta formar una fina línea. Luego contempló durante unos segundos el inmóvil cuerpo tendido allá abajo con la desarticulación de un muñeco de trapo.

El grito y el ruido del cuerpo al estrellarse habían despertado la alarma de algunos huéspedes, que empezaban a asomarse a las ventanas de sus habitaciones respectivas.

Se metió adentro al empezar a estallar algunos gritos femeninos, al elevarse algunas voces excitadas.

Volvió adentro.

Essie había entrado a su vez, cerrando la puerta a sus espaldas.

La joven se mantenía de pie junto a la abierta entrada del dormitorio, muy rígida, fija la mirada en la escena que se ofrecía a sus ojos allá dentro.

Robín acudió junto a ella y le apoyó ambas manos en los hombros, situándose a sus espaldas.

El cuerpo del abogado Winden estaba allí. Tendido en el suelo, sobre la alfombra. Vistiendo un vistoso pijama de rayas, que ahora presentaba también grandes manchones de sangre roja en su pechera, donde había mordido carne los balazos del hampón asesino.

—Nunca se preocupó demasiado por nosotras —susurró ella—. Desde que murió mamá, sólo se ocupó de vivir su vida. Nos

marginó de ella. Pero en ocasiones parecía volver en sí y se mostraba atento y cariñoso. Lo quería. Y ahora...

Los sollozos le impidieron continuar.

Robin la oprimió contra sí.

—Ten calma, Essie. Debes conservar la serenidad. Lo siento. No he podido prevenirlo antes. Ven ahora. Te llevaré a tu habitación. Hay que hacer algo aquí ahora. Más tarde iré a buscarte.

La hizo entrar en la habitación contigua y desde allí llamó a la ambulancia y al *sheriff*.

Éste llegó un cuarto de hora más tarde. Con el rostro acalorado, resoplando como un fuelle.

—Caramba, inspector —exclamó al entrar—. Si continúa usted mucho más tiempo en Monterrey, me veré precisado a pedir un aumento de sueldo. No acabo de retirar el cadáver de ese fotógrafo y enviar a otros hombres a investigar a esa mansión que aludió, cuando vuelve a llamarme para que vea otros dos fiambres...

—No es mi culpa, *sheriff*. No siento una especial predilección por los fiambres.

Cuando iniciaran su trabajo de trazar el dibujo del cuerpo del cadáver en el suelo, marcando su contorno con tiza, el inspector, que retenía el portafolios en su diestra, se alejó hasta la habitación de Essie.

La joven estaba sentada en el diván, totalmente abstraída en sus pensamientos, fija su mirada en un punto indefinido del *hall*, que en realidad no advertía.

Robín abrió el portafolios y sacó de su interior cuatro fotografías. Cuatro ampliaciones.

Se las mostró a la joven.

—Mira esto, Essie. Te dará una idea del asunto. Conoces a este joven, ¿no?

La mirada de Essie se posó en las imágenes.

Repugnantes. Tan repugnantes como las que habíanle hecho a ella en el estanque de la mansión. Sólo que en aquéllas el intérprete principal era el hijo de Duff, el oponente de Archibald Rotter para el cargo de gobernador del Estado de California. El adversario político del hombre cuya campaña electoral había sido montada por el abogado Winden.

Detrás de la imagen principal de las fotos, formada por Nick

Duff y una muchacha, se veían a otros jóvenes de ambos sexos, al parecer en una auténtica bacanal, como las que montaba Nerón en la Roma antigua.

—¿Comprendes ahora, Essie? —inquirió.

—No del todo.

—Estas fotos son auténticas. Quiero decir que no han sido montadas, de un modo artificial, como pretendieron hacer contigo.

Hizo una breve pausa, prosiguiendo:

—Tu padre debió valerse de otra persona para obtener estas porquerías. Acusadoras al mismo tiempo. Porque dos muchachas murieron por el abuso de las drogas. Y trató de valerse de ellas para presionar a Duff. Con malas artes, por supuesto. Llevaba esto siempre consigo. Una mala costumbre. Y estoy seguro que Archibald Rotter no sabe nada de esto. Tu padre ponía en juego sus cartas al margen del teatro de la campaña propiamente dicha. ¿Lo entiendes ahora?

—Algo, Robin. Y te aseguro que me siento decepcionada de mi padre. Es un proceder vil y rastrero.

—Desde luego. Hay que llamar a cada cosa por su nombre. Con su actitud, ha forzado a sus enemigos a tomar medidas drásticas.

Lo miró de soslayo.

—¿Crees que esto ha sido obra de los Duff? Quiero decir, la muerte de Loretta y de papá.

—Quizá no lo han hecho directamente. Pero toman parte en el asunto. Al menos el joven Nick. Pero no trabaja solo. Alguien le ayuda. Alguien que teme el resultado final y, al mismo tiempo, espera obtener grandes ganancias de todo esto.

Robin la vio tan abatida, que sintió compasión por ella.

Todo aquello estaba resultando demasiado fuerte para una mujer sensitiva como Essie. Demasiado fuerte. A la muerte de su padre, violenta, se unía el conocimiento de saber que éste no había estado jugando limpio, que había tratado de valerse de suciedades para sacar adelante la campaña electoral y obtener un triunfo para su patrocinado.

Aquellas fotografías debían obrar en poder de la Policía, para que procediese al castigo de aquellos jóvenes manirroto. Pero en lugar de hacer eso, Winden habíase valido de ellas para hacer su juego particular.

La obligó a tomar un par de pastillas para dormir y a tenderse en el lecho.

Acto seguido abandonó la habitación para retirarse a descansar.

Amanecería dentro de un par de horas. Y también necesitaba descansar. El día y la noche habían sido excesivamente movidos.

Frenó frente al edificio donde tenía alquilado su apartamento.

Apenas habíase apeado, cuando sintió unos pasos sobre la acera.

—Inspector —pronunció la voz educada del hombre que llegaba a su lado.

Lo miró.

No lo conocía. Pero tenía el aspecto de un leguleyo. También los olfateaba a distancia. Por su porte, su cartera de mano y su tono. Parecían cortados todos por el mismo patrón. Como ocurría con los hampones.

Un abogado de la categoría moral del padre de Essie. Hombres que empleaban las leyes como un trampolín para su fortuna personal, buscando el triunfo a toda costa.

—Buenas noches, inspector Skeel.

—Buenas noches.

—Mi nombre es Trivell. Soy abogado.

—¡Ya! —exclamó—. ¿Qué se le ofrece?

—Tengo que hacerle una proposición muy interesante.

—¿Y bien? —inquirió, imaginando lo que iba a seguir.

No era la primera vez que le ocurría algo semejante durante su carrera policiaca. Había hombres que medían a todos los seres humanos por el mismo rasero. Y en eso radicaba su error, el gran error de sus vidas.

El abogado Trivell abrió su cartera, de la que extrajo un sobre abultado, que depositó sobre el techo del auto del inspector.

—Hay algo para usted en ese sobre, Skeel —habló de nuevo—. La porquería, cuanto más se remueve, más huele. Eso es suyo a cambio de unas fotografías que conserva. Sé que usted acaso las destruya sin más. Pero, es muy posible que se sienta interesado por investigar algunas vidas privadas, sin querer tener en cuenta que todos hemos cometido pecadillos en nuestra juventud.

—¿Qué entiende usted por pecadillos, abogado? —masculló.

El otro no respondió a esta última observación de Robin.

El inspector tomó el sobre y lo abrió para examinar su

contenido.

Había en su interior un fajo de billetes nuevos de mil dólares.

—Hay diez mil dólares, Skeel —adujo el otro con sonrisa meliflua—. Aunque puede contarlos si lo desea. Una bonita cantidad. Cada cual debe tener lo que se merece.

Robin se dominó, contuvo su impulso de aplastar de un puñetazo aquella sonrisa, que resultaba ofensiva para él.

—¿Quién envía esto? —preguntó—. ¿Dick Duff o su amigo en este asunto?

La sonrisa se congeló en los labios del abogado, aunque perduró en ellos por unos instantes, formando una rara mueca.

El tono del inspector no parecía prometer mucho. En absoluto.

—Secreto profesional —respondió al fin—. No puedo revelar ese detalle. Faltaría a mis deberes profesionales. Y usted sabe cuáles son. Tan sagrados como los de un sacerdote o los de un médico.

Robin lo envolvió en una mirada acusadora, que hizo perder al enhiesto abogado un tanto de su seguridad y aplomo.

—¿Se da cuenta que me está pidiendo que deje impune a unos asesinos? Asesinos de cuerpos y también de almas.

Trivell carraspeó para aclarar su garganta, que habíasele quedado seca de pronto al darse cuenta que iba a serle más difícil de lo que imaginara en un principio vencer la resistencia del federal.

—Las circunstancias mandan a veces —pronunció—. Entonces se impone una revisión a fondo de nuestros actos para el futuro. Será mejor que no siga adelante, inspector. Debe tener muy en cuenta que una vida humana puede depender de su decisión de ahora.

La mirada de Robin se endureció notablemente.

—¿Me está amenazando? —espetó.

—No ciertamente —fue la rápida respuesta del otro.

—¿No se da cuenta que puedo detenerlo y acusarlo de intento de soborno? —agregó Robin Skeel.

El abogado Trivell rió quedamente. Pero de una manera que hirió la susceptibilidad del federal por el profundo sarcasmo que encerraba.

—Se equivoca, inspector —respondió con sequedad—. Conozco las leyes. Son mi profesión. Sería la palabra de un hombre contra la de otro. Ningún juez la atendería. No hay testigos.

Robin asintió con un leve gesto de su cabeza.

—Sí, es cierto —reconoció—. Tiene razón en eso.

Ahora sí se amplió más la sonrisa del abogado. Una sonrisa de ironía sutil.

Luego preguntó:

—Y bien. ¿Qué me responde, inspector Skeel?

—Esto —masculló.

Uniéndolo a la acción a la palabra, disparó su puño, estrellándolo con fuerza en el mentón del abogado, que cayó de espaldas al suelo.

CAPÍTULO VII

TRIVELL se incorporó sobre ambos codos, acariciándose el dolorido mentón.

El inspector federal abrió el sobre, sobre su cuerpo, dejando que los billetes cayesen sobre él.

—Lo denunciaré, Skeel —masculló el abogado.

Fue Robin quien rió ahora, con tanto sarcasmo como lo había hecho su interlocutor anteriormente.

—Conozco las leyes, abogado —dijo con sorna—. Será la palabra de un hombre contra la de otro. No hay testigos. ¡Ah! Y también tenía razón al decir que cada cual tiene lo que merece.

Le volvió la espalda despectivamente y se adentró en el vestíbulo.

No era la primera vez que alguien intentaba sobornarlo. Ni Trivell era el primer hombre que recibía un golpe suyo por el mismo motivo.

Subió a su apartamento y procedió a quitarse la chaqueta con un gesto de cansancio.

Se adentró en el lavabo, sin poder apartar de su mente las palabras del abogado Trivell, cuando había intentado coaccionarlo diciéndole que si no aceptaba el soborno un hombre podía morir.

No bromeaba al decirlo. Parecía estar muy seguro de sus palabras.

En un principio había pensado que la amenaza iba directamente contra él. Era lo más natural. Aceptar aquel dinero solía ser lógicamente una salvaguarda.

Pero no era así. Se trataba de la vida de otro hombre. Estaba seguro de eso.

El abogado Trivell no había ido a buscarlo en representación de

los Duff. En absoluto. Representaba a aquellas fuerzas del submundo del hampa, que estaban complicadas en aquel maldito asunto.

Y eso quería decir que era la vida de Nick Duff la que estaba en peligro. Era el único hombre que podía hundir al otro individuo después del rotundo fracaso de sus planes.

Recordó que Duff poseía una mansión señorial en Monterrey, en la carretera de la costa. Eran oriundos de aquella ciudad. Y el eslabón más importante de una cadena, que podía conducirlo a descubrir enteramente aquel enigma y dar el merecido castigo a los culpables.

Volvió a ponerse la chaqueta con un gesto de resignación.

Recordó las enseñanzas de Quántico.

Un agente federal no puede detenerse ni por la lluvia, la nieve o el viento. Un agente federal está de servicio veinticuatro horas al día.

Volvió al coche y a la carretera. Ansiando llegar a tiempo esa vez. Temiendo hacerlo tarde, como le había ocurrido con Wibden, el padre de Loretta y de aquella deliciosa mujer llamada Essie. Porque la vida de aquel joven estaba en peligro. Un peligro inminente, suspendido ya sobre su cabeza.

La mansión de los Duff se hallaba a unas cuatro millas de distancia, apartada de la cinta asfaltada, cercana al mar, cuyo murmullo se oía perfectamente desde allí.

Un enorme parque de recreo la rodeaba, cerrado por una valla de estacas y alambre espinoso.

La puerta de la valla se hallaba abierta a medias, como si alguien acabase de pasar por allí. Alguien demasiado preocupado para molestarse en cerrarla de nuevo.

Se adentró con el coche por el camino interior, hasta alcanzar la explanada desprovista de hierba que se extendía ante la fachada principal de la mansión, de dos plantas, con amplias terrazas y balcones en sus cuatro partes.

Brillaba luz a través de los intersticios de algunas ventanas de la planta baja. Y había un coche detenido junto a los escalones situados bajo el amplio porche formado por columnas de mármol blanco, que soportaban una de las más amplias terrazas de que disponía la casa.

Robín se apeó y se acercó a él, levantando su capó.

Palpó el motor.

Quemaba. Evidenciando que aquel coche acababa de llegar después de efectuar un largo recorrido a buena velocidad.

La matrícula era de San Francisco. Y creyó reconocerlo.

Pulsó el zumbador.

La puerta se entreabrió unos instantes más tarde, asomando por el hueco un rostro juvenil, de rasgos varoniles.

Era Nick Duff, el hijo del candidato a la gobernación del Estado.

Lo empujó adentro, mostrándole su carnet con la diestra, sin soltar con la izquierda el portafolios que había pertenecido al abogado Winden.

—Inspector federal Robín Skeel —pronunció.

Nick Duff abatió la cabeza con un gesto de desaliento. Con el gesto del hombre entregado a la fatalidad, que vive con la ansiedad de recibir un fuerte golpe y al fin éste descarga sobre él.

Un hombre de edad madura, de facciones enérgicas y porte de dignidad, salió por la puerta del cercano despacho al *hall*.

—¿Ha dicho inspector federal? —preguntó.

Robin se volvió a él.

Era el mayor de los Duff. El candidato. El hombre que aspiraba a ocupar el cargo de gobernador de California. Un potentado, un hombre de Negocios.

—Exacto, Duff.

—Bien. No creo que éstas sean horas para molestar a un ciudadano sin un motivo muy grave. Ni creo que existan motivos tan graves como para venir aquí como usted lo ha hecho.

—Dejemos los formulismos aparte ahora, Duff. Sé lo que puede suponer para usted todo esto. Incluso me inclino a creer que no ha tomado arte ni parte en este asunto. Pero mi deber es llevar hasta el fin esta investigación, caiga quien caiga.

Se endureció el gesto del viejo político.

—¿A qué se refiere?

El inspector le mostró las fotografías que portaba en la cartera de Winden.

—Vea esto. Supongo que ahora ya sabe algo de lo que significan.

—En absoluto —masculló Duff, desviando su mirada de la del inspector federal para evitar que éste pudiese leer en sus pupilas

como en un libro abierto.

—Lo sabe ya, Duff —insistió Robín—. Ahora me doy cuenta de ello. Y quiero la verdad.

—Yo se la diré —terció de pronto Nick, con abatimiento.

—Calla, Nick —instó su padre en tono perentorio—. Yo arreglaré este asunto. A mi manera.

Pero el joven hizo un gesto negativo.

—No, papá. Ya estoy cansado de esto. Terriblemente cansado. En estos momentos me siento como un viejo decrepito. No puedo más.

—Pues hable, Nick. Yo sé cómo se siente en este momento. Le hará mucho bien echar afuera eso que le está quemando las entrañas.

—Papá acaba de saber toda la verdad —pronuncio el joven—. Lo he llamado con urgencia para decírselo. Me ha parecido lo más conveniente a la vista de los acontecimientos. He sabido la muerte de ese fotógrafo y el fracaso del asunto.

—Desde luego —replicó Robín—. Lo lamentable es que sólo se haya decidido a confesar cuando todo estaba ya perdido. Debí pensarlo mejor antes de meterse en este embrollo. Adelante, Nick.

—Ya sabe lo que hizo Winden. Quería coaccionarnos mediante este chantaje para que papá retirase su candidatura. Un sucio trabajo.

—Cierto —reconoció Robin—. Pero una mancha no se limpia echando sobre ella otra mancha mayor. La cubre, pero continúa estando sucio todo.

Y voy a aclarar esto mejor. Ha empezado mal, Nick. El principio de la historia no es Winden, sino esas bacanales en las que usted y sus amigos tomaban parte. A costa de sacrificarlo todo. Conducían a las chicas a esa trampa repugnante valiéndose de la injusticia de nuestra sociedad, aprovechándose del árbol caído. Dos lacras de las que les sería ya muy difícil librarse. Y dos de esas jóvenes murieron a consecuencia de esas porquerías. ¿Quién les facilitaba todas esas cosas, Nick?

—Blady Meck —respondió sin vacilar—. Me llevó allí una noche. Y me gustó aquello. Después volvimos varias noches. Costaba mucho dinero, pero pensábamos que era una buena manera de gastarlo. Ignoro cómo pudo conseguirlas, pero esas fotos de

Winden son auténticas. Esa chica es una de las que murieron por abusar de las drogas que Meck proporcionaba.

—¡Ya! Luego se sintió todo un héroe mezquino y quiso contrarrestar la fraudulenta acción de Winden pagándole con su misma moneda. Aprovechó el hecho de que sus dos hijas estuviesen pasando unas cortas vacaciones en Monterrey. ¿Sabe, Nick? Impresionó mucho a la pobre Loretta. Pero murió a consecuencia de las drogas que le hicieron tomar a la fuerza y todo el trabajo del fotógrafo quedó inservible. No podían coaccionarlo de ese modo, porque las investigaciones podían descubrirlos a los dos culpables. Entonces Meck ordenó a uno de sus hombres que abandonase el cadáver de Loretta en una playa solitaria a ver si pasaba el cuento de que ella misma habíase inyectado y así le sorprendió la muerte. Y a partir de ese momento se complicaron las cosas.

Hizo una breve pausa, antes de seguir diciendo:

—Meck no quería que usted quedase al descubierto. Podía hundirle su negocio si se iba de la lengua. Es un gran negocio ése, mientras existan jóvenes con dinero, tan desaprensivos como usted y sus amigos. Y al mismo tiempo le interesaba el triunfo de su padre en su candidatura. Sería como la gallina de los huevos de oro. Le ayudaría a llevar sus sucios negocios desde el sillón presidencial en compensación a la ayuda prestada a su hijo.

—Eso no lo hubiese conseguido jamás —terció el viejo Duff con energía—. No hubiese accedido a ello.

—Ya se las hubiese ingeniado para obtenerlo, Duff —alegó Robin—. Mediante chantaje o como fuese. Meck es un hombre ingenioso para el mal. Pero afortunadamente todo se ha hundido, todo se ha ido al diablo. Meck ha apretado el último botón, el del soborno. También le ha fallado. Y ahora tratará de liquidar a Nick para que no hable y cuente lo de esas bacanales organizadas para pudientes. Eso es siempre un gran negocio. Y ya no puede contar con Nick, después de todo lo ocurrido. La cárcel siempre asusta a un tipo como Meck, habituado al lujo y a las comodidades.

—Ese perro no se atreverá a poner su mano sobre mi hijo —exclamó el viejo político.

Robin fue a replicarle. Pero guardó silencio al sentir llegar a un coche, que acababa de entrar por la abierta puerta de la verja y avanzaba a buena marcha hacia la mansión.

—Con que no se atreverá a poner una mano sobre Nick, ¿eh? —dijo—. Pues me parece que aquí tiene una prueba de lo contrario.

Apagó la luz del *hall* y avanzó hacia la ventana que se abría cerca de la puerta principal.

La luz de la luna le permitió distinguir el coche y las siluetas de los cuatro hombres que descendieron de él con gestos de evidente tensión.

Sonrió al reconocer al propio Blady Meck en uno de ellos.

Las cosas se habían puesto muy cuesta arriba para él y el viejo hampón prefería solucionarlo por sí mismo, cerciorándose del éxito y sin tener que esperar a que sus hombres se lo diesen todo hecho.

Eso le haría recordar sus viejos tiempos, cuando empezó su vida anormal de pandillero.

Robin se volvió a los dos Duff para decirles:

—Ya están aquí. Meck le concede mucha importancia, Nick. Viene él mismo, acompañado de otros tres hombres. Vayan a ese despacho y llamen al *sheriff* por teléfono. Es la única forma de que ninguno de nosotros tres acabe en el cementerio de Monterrey esta misma noche.

Se apresuraron a obedecer su indicación.

Robin abrió con sigilo una parte de la ventana. Luego gritó:

—Meck. Soy el inspector Robin. Todo su juego ha quedado al descubierto. Nick me lo ha contado ya todo. Está listo, granuja.

El jefe de los hampones soltó unos secos denuestos. A continuación dio una orden perentoria, en respuesta a la cual sus hombres y él entraron en acción.

Meck y otro de los hampones corrieron hacia la esquina diestra de la casa.

Otro se deslizó hacia la izquierda, mientras el cuarto permanecía parapetado detrás del coche, iniciando los disparos.

Robin respondió, astillando el parabrisas, que se desmoronó con un ruido crepitante.

El hampón intentó pasar hasta el coche del propio federal, situado más adelante, en mejor posición para resguardarse en él.

Uno de los balazos de Robin le alcanzó en una pierna, haciéndole caer con sordos gemidos de perro apaleado.

Estaba listo. Era posible que efectuase algún otro disparo, pero no se atrevería a avanzar hacia la casa. La herida era dolorosa y la

hemorragia grande.

Eso le retendría inmóvil y permitía a Skeel distraer su atención hacia otros puntos.

Siguió un largo silencio, durante el cual Robín paseó su mirada hacia las ventanas laterales del *hall*, por donde esperaba ver surgir el próximo peligro para él.

Se deslizó en la oscuridad del *hall*, hasta situarse detrás del diván.

Uno de aquellos hampones se lanzó de pronto en arriesgado salto contra la ventana izquierda, quebrando los cristales con tintineante estrépito a causa del imponente impacto de su cuerpo.

Cayó sobre el suelo, entre los disparos de Robín que trataba de atajarlo.

No lo consiguió. Y un instante más tarde bramaba la pistola de aquel hombre, poniendo al inspector en un brete.

Robín se agazapó más contra el diván, sintiendo a las balas hundirse mensamente en el acolchado, que les impedía pasar al otro lado.

Robín cambió el cargador con rápidos gestos casi mecánicos. Luego atisbo, serenamente.

Sintió pasos al fondo del *hall*.

Uno de aquellos hombres había ido por la parte posterior, colándose sin oposición alguna.

Decidió cambiar de posición.

El tercer hampón iría por la ventana fronteriza a la que había saltado aquel otro. Entonces podían ponerle en un brete. Y no podía esperar la menor ayuda de los Duff.

Al contrario. Debían estar deseando que triunfase el hampón. Porque una vez muerto él, entrarían fácilmente en tratos con aquel granuja.

Si hacía desaparecer su cuerpo, nadie sabría lo ocurrido. Se carecería de pruebas para acusarlos de aquellas inmoralidades. Y aquella clase de políticos a la que pertenecía Duff preferían el triunfo como fuese a seguir un camino recto y mucho más difícil.

Dinero y concesiones exigiría Meck. Y dinero y concesiones podía ofrecerle largamente el viejo Duff.

Se quebró el cristal de la otra ventana cuando el inspector había empezado a deslizarse.

Siguió un expectante silencio. Entonces se elevó la voz de Blady Meck:

—Nick.

Otro silencio, que fue roto por el joven para responder con fuerza, para hacerse oír desde el interior del despacho:

—¿Qué, Meck? Mi padre está conmigo.

—Bien. ¿No tienes un arma? Puedes ayudarnos a solucionar este asunto con entera satisfacción para todos. Menos para ese inspector del demonio.

—Usted venía dispuesto a liquidarme, Meck.

—No seas estúpido —bramó el jefe de los hampones—. Sabía que Robín estaba aquí. Lo vigilaban mis hombres. He creído que era una buena ocasión para acabar con él. Nadie más sabe nada de todo esto.

Robín sonrió en la oscuridad.

El hampón sabía jugar bien sus cartas hasta el fin. Estaba mintiendo descaradamente. Pero sabía hacerlo en su momento oportuno. La tensión del momento impediría a los Duff comprender su falsedad. Y les impelía a apoyarle para acabar con él. Era la mejor solución para ambos. Porque Duff ambicionaba la gobernación con todas sus fuerzas. Llevaba en la sangre las ansias de mando, de dominio.

Siguió un largo silencio, que todos respetaron.

Era el silencio de la deliberación de los Duff.

De pronto llegó hasta allí el electrizante aullido de la sirena de un coche patrullero, que se acercaba cada vez más.

Estalló una ahogada exclamación de Meck, que intuyó el peligro.

—Es la Policía —exclamó después—. Quizá vengan aquí.

—Claro que vienen —elevó su voz el propio inspector desde su nueva posición, detrás de un sillón más retrasado que el diván—. El propio Duff los ha avisado. Esto es el fin, Meck. Se acabaron las drogas y la explotación miserable de jovencitas alocadas y jóvenes con dinero sobrante en sus bolsillos.

—A por él —estalló el hampón—. Hay que liquidarlo antes que «los pies planos» estén aquí. Es nuestra única salida.

El hampón de la ventana arreció en sus disparos. Y Meck y sus compinches en el *hall* se irguieron, lanzándose hacia el lugar en que se parapetaba Robín.

El inspector disparó certeramente.

Su primer balazo mordió carne en el hombro diestro de Meck, haciéndole detenerse con un gemido y soltar la pistola para oprimirse la parte dolorida.

El proyectil había mordido la clavícula y su miembro se negaba a moverse.

El otro hampón frenó en seco su carrera al ver al patrón herido. Luego se percató de que su otro compañero había abandonado su puesto para tratar de alejarse de allí.

Entonces arrojó su arma al suelo y elevó ambas manos a la altura de los hombros, pronunciando:

—No dispare, inspector. Me rindo.

El hampón puso en marcha el motor al tiempo que Robín accionaba el conmutador de la luz.

Pero antes que arrancase, el coche patrullero se cruzó ante él y los agentes de uniforme lo obligaron a salir, amenazándole con sus armas.

Entraron.

—¿A quién hay que detener, inspector? —preguntó el *sheriff* con ojos somnolientos.

—A los dos tipos de afuera y a estos otros dos. También a Nick Duff.

Meck lo envolvió en una mirada envenenada al cruzar por su lado, conducido por un policía.

—Maldito federal —masculló—. Diez mil dólares es más de lo que gana en mucho tiempo.

—Por supuesto. Pero yo mido a los hombres por sus grados de conciencia y de honradez, no por su cuenta corriente, por su fortuna.

El viejo Duff se situó a su lado, con la cabeza humillada sobre el pecho, abatido de un modo absoluto.

—Ha sido usted injusto, inspector —musitó—. Acaba de arruinar mi carrera política. Tendré que retirar mi candidatura después de esto. Se dice que no es justo que los hijos paguen las culpas de sus padres. Pero tampoco lo es que los padres paguemos las culpas de los hijos.

—Lo siento, Duff. Pero usted tampoco es trigo limpio. Estoy seguro que, de no haber avisado a la Policía, hubiesen acabado

tratando de eliminarme junto con esos granujas.

Duff no replicó nada. Pero su silencio y su gesto fueron más elocuente que todas sus palabras.

—Quiero que sepa que me es mucho más simpático Archibald que usted para gobernador. Pero también que no he hecho esto para favorecerle. Me he limitado a cumplir con mi deber, caiga quien caiga. Es la ley. De todas formas, le prometo que la prensa conocerá el asunto a fondo. Conque se descubrirá también lo de Winden.

—Lo entiendo. Winden no es Archibald Potter. No influirá en nada. Pero Nick es mi propio hijo. Él ignora esto. Y yo también. Pero a él lo creerán limpio de culpa, mientras que a mí...

—Ése es su problema, Duff. No el mío.

FINAL

ESSIE acabó de preparar sus maletas.

Habían transcurrido tres días desde la muerte de su padre y todo había sido resuelto por Robín Skeel. La prensa daba amplia información de todo el caso, desde el principio al fin.

Sonó el timbre.

La joven se volvió con una sonrisa, pronunciando:

—Adelante, Robín.

Entró el inspector.

—Creo que Archibald Potter debe darte las gracias, Robin. ¿Has leído los periódicos de hoy? Duff renuncia a su candidatura. Está agobiado por las duras críticas de sus adversarios. Ha perdido por lo menos un cincuenta por ciento de los votos. Conque el triunfo de Rotter es asunto hecho. Y me alegra por la memoria de papá.

—Sí —pronunció el inspector, sin apartar su mirada de la escultural figura de Essie, que realzaba más la voluptuosidad a causa del tenue color de la prenda, que contrastaba con el de su suave piel—. Archibald subirá al poder. Es el defensor de la causa de los humildes y eso me alegra. Aunque suele ocurrir que el hartado no se acuerde del hambriento. Se acomodan en un puesto así, se sienten situados, rodeados de halagos y tiralevititas y suelen olvidarse de los humildes, cuando no son coaccionados por grupos de presión. Esos odiosos grupos formados por los poderosos para aplastar más a las clases aplastadas.

—Olvida ahora la política, Robín —sonrió ella—. Me voy a San Francisco dentro de tres horas. Ya sé que nos veremos allí. Pero quiero una despedida más alegre que una conversación sobre las próximas elecciones.

—Escucha, Essie —suspiró él—. Si no hablo de política, acaso

hable de ti. Y eso sería terrible quizá. Eres demasiado atractiva. Y con esas ropitas... Creo que vas a hacerme papilla.

—¿Y qué dirías si supieras que lo que estoy tratando es de hacerte papilla precisamente?

La miró boquiabierto. Sin querer acabar de dar crédito a lo que acababa de escuchar. Hasta que la verdad se abrió paso en su mente.

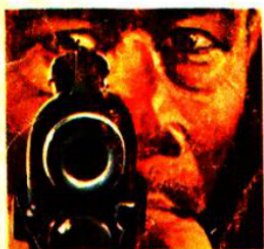
Entonces se acercó a ella y la envolvió entre sus brazos, besándola con fuerza y acariciándole la espalda para oprimirla más contra sí.

—Por fin te has salido con la tuya, Essie —susurró entre beso y beso—. Tenemos tres horas para disfrutar esta felicidad. Y después... toda una vida, si no te parece adelantar demasiado los acontecimientos.

—No me lo parece, Robín —siseó ella—. Pero no hables, no pierdas el tiempo tampoco hablando. El amor es mucho más profundo cuanto más callado.

Robin se encogió de hombros. Y se dispuso a seguir hasta el fin el consejo de la joven.

FIN



Concesionarios
exclusivos en América

EDITORIAL AMERICA, S.A.

2180 S.W. 12 Avenue
MIAMI, FLA. 33145-USA



EDITORIAL ROLLAN, S.A.
PINTO (Madrid)

10
Ptas.

